



REFLEXIONES

**Miércoles, 26 de febrero, Miércoles de Cenizas, Evangelio Mt 6,
1-6. 16-18**

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Tengan cuidado de no practicar sus obras de piedad delante de los hombres para que los vean. De lo contrario, no tendrán recompensa con su Padre celestial.

Por lo tanto, cuando des limosna, no lo anuncies con trompeta, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, para que los alaben los hombres. Yo les aseguro que ya recibieron su recompensa. Tú, en cambio, cuando des limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha, para que tu limosna quede en secreto; y tu Padre, que ve lo secreto, te recompensará.

Cuando ustedes hagan oración, no sean como los hipócritas, a quienes les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vea la gente. Yo les aseguro que ya recibieron su recompensa. Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora ante tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve lo secreto, te recompensará.

Cuando ustedes ayunen, no pongan cara triste, como esos hipócritas que descuidan la apariencia de su rostro, para que la gente note que están ayunando. Yo les aseguro que ya recibieron su recompensa. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que no sepa la gente que estás ayunando, sino tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve lo secreto, te recompensará”.



Reflexión. Mt 6, 1-6. 16-18

Dar limosna, orar y ayunar son tres clásicas expresiones de piedad. Cada una tiene un lugar importante en nuestra relación con Dios y con los demás, pero pueden estar motivadas por el egoísmo, por la generosidad. Es importante conocer qué las motiva, dónde es que tenemos puesto nuestro corazón. ¿Está mi corazón puesto sólo en Dios? o ¿Lo que busco es conseguir alabanzas y admiración? ...

Jesús nos llama de vuelta a la vida interior: oración personal, entrega personal, práctica privada de la devoción... Debemos permitir que el Señor se acerque a nosotros en la oración... Nuestra cultura de consumismo le concede gran importancia a lo que se ve desde afuera. A menudo nos encontramos siendo influenciados por las presiones externas de tratar de tener lo que los otros tienen aun cuando sabemos que mucho de eso es un deseo artificial y pasajero.

Es sorprendente cuán enérgicamente se manifiesta Jesús acerca de la hipocresía. A los hipócritas, Jesús los trata con dureza... Por tanto, las palabras de Jesús implican un real desafío para mí; y las acojo, como faro de luz, en mis acciones y opciones...

Estamos en el tiempo del año donde la iglesia nos invita a probar nuestra libertad interior y a cuestionar nuestras elecciones personales... es el tiempo para tomar control sobre nuestras propias vidas, especialmente trabajar en aquellas áreas que pueden ser perjudiciales para otras personas y en el tiempo que le dedicamos a Dios. ¿Tengo un lugar secreto donde me encuentro con Dios diariamente? ¿Estoy contento con mis acciones, son agradables ante Dios?

El Reino de Dios se hace visible a través de mis prácticas religiosas públicas y también a través de mis actos privados de caridad y fe.

Jueves, 27 de febrero, Evangelio Lc 9, 22-25

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Es necesario que el Hijo del hombre sufra mucho, que sea rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, que sea entregado a la muerte y que resucite al tercer día”.

Luego, dirigiéndose a la multitud, les dijo: “Si alguno quiere acompañarme, que no se busque a sí mismo, que tome su cruz de cada día y me siga.

Pues el que quiera conservar para sí mismo su vida, la perderá; pero el que la pierda por mi causa, ése la encontrará. En efecto, ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si se pierde a sí mismo o se destruye?”



Reflexión, Lc 9, 22-25

Cuando tuve hijos, pude observar en ellos algo que experimenté mientras crecía. Iba forjando mis ideas y valores a la sombra de lo que vivía en mi familia y lo que veía en mi entorno. Así, se fueron forjando en mí valores cristianos; y la buena voluntad era un norte a seguir.

He vivido con el entusiasmo de sentirme cuidada y protegida por el Señor. Enfrentar con honestidad todo lo que la vida me ha traído, aunque no ha sido fácil, lo he logrado gracias a mis valores cristianos. La Palabra y el espíritu de Dios que viven en mí, han sido lo que me ha guiado. Como armadura me cubren; y aunque otros en el mundo no me apoyen ni me aplaudan, sigo adelante haciendo lo que es correcto. Es a Dios al que le toca juzgarme; y estoy tranquila siguiendo los valores del Reino.

Cuando leo este evangelio, recibo una confirmación de que el Señor quiere que sigamos su Palabra, como sus hijos buenos. Aunque no me comprenda el mundo, por no servirme a mí misma, estoy escuchando otra voz, la del Señor: bondad.

Viernes, 28 febrero de 2020 Evangelio Mt 9, 14-15

En aquel tiempo, los discípulos de Juan fueron a ver a Jesús y le preguntaron: “¿Por qué tus discípulos no ayunan, mientras nosotros y los fariseos sí ayunamos?” Jesús les respondió: “¿Cómo pueden llevar luto los amigos del esposo, mientras él está con ellos? Pero ya vendrán días en que les quitarán al esposo, y entonces sí ayunarán”.



Reflexión, Mt 9, 14-15

Ayunar de Miedos. ¡Estamos aterrados! No entendemos lo que está pasando y nos falta la seguridad. El miedo se apoderó de nosotros.

Somos cristianos, pero con una fe débil y muy poca confianza en el Señor. ¿Qué nos pasa? Entreguemos el miedo al Señor, pues bien sabemos que nuestras fuerzas no pueden combatir la naturaleza. Sólo Dios puede brindarnos un mejor mañana. Oremos y unamos nuestras manos para ayudar y servir a los que están más necesitados. Mitiguemos el miedo dando amor y más servicio.

Sábado, 29 de febrero, Evangelio Lc 5, 27-32

En aquel tiempo, vio Jesús a un publicano, llamado Leví (Mateo), sentado en su despacho de recaudador de impuestos, y le dijo: "Sígueme". Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió.

Leví ofreció en su casa un gran banquete en honor de Jesús, y estaban a la mesa, con ellos, un gran número de publicanos y otras personas. Los fariseos y los escribas criticaban por eso a los discípulos, diciéndoles: "¿Por qué comen y beben con publicanos y pecadores?" Jesús les respondió: "No son los sanos los que necesitan al médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores, para que se conviertan".



Reflexión Lc 5, 27-32

Jesús llama a Mateo... El cobrador de impuestos tenía mala fama y era considerado un gran pecador. A él le dijo: "SÍGUEME "... Así es el llamado de Jesús: en cualquier lugar, a cualquier hora y a cualquier persona. Su llamada es universal.

Mateo hace una gran fiesta en su casa, está celebrando su encuentro con Jesús. ¿Sabemos celebrar nuestro encuentro con Él en cada Eucaristía? Cada misa nos ofrece ese banquete, es una celebración que nos alimenta el alma; y Mateo celebraba con Jesús una comida, en la cual estaban unos "pecadores", según los fariseos.

Vemos claramente a un Jesús que comparte con todos, justos, pecadores, enfermos y sanos. Lo critican pero Él actúa con amor y misericordia. ¿Cómo miramos a los que llamamos pecadores en la sociedad? Eso hacemos cada vez que juzgamos y en el fondo nos creemos mejores. ¿Seremos mejores que los borrachos, adictos o prostitutas? Mientras más pobre y desagradable sea el hermano, más tenemos que amarle. Así ama el corazón de Jesús. Si medito esta Palabra frente a Jesús Sacramentado, ¿A que me invita el Señor?

Domingo, 1ro de marzo, Evangelio, Mt 4, 1-11

En aquel tiempo, Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto para ser tentado por el demonio. Pasó cuarenta días y cuarenta noches sin comer, y al final, tuvo hambre. Entonces se le acercó el tentador y le dijo: “Si tú eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes”. Jesús le respondió: “Está escrito: No sólo de pan vive el hombre, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios”.

Entonces el diablo lo llevó a la ciudad santa, lo puso en la parte más alta del templo y le dijo: “Si eres el Hijo de Dios, échate para abajo, porque está escrito: Mandará a sus ángeles que te cuiden y ellos te tomarán en sus manos, para que no tropiece tu pie en piedra alguna”. Jesús le contestó: “También está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios”.

Luego lo llevó el diablo a un monte muy alto y desde ahí le hizo ver la grandeza de todos los reinos del mundo y le dijo: “Te daré todo esto, si te postras y me adoras”. Pero Jesús le replicó: “Retírate, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor, tu Dios, y a él sólo servirás”.

Entonces lo dejó el diablo y se acercaron los ángeles para servirle.



Reflexión, Mt 4, 1-11

Siento que es fácil tentarse con los placeres del mundo. En esta lectura, Jesús me da el ejemplo de fortaleza para no caer en tentación. Me muestra que seguir a Dios es una decisión personal y si quiero vivir al ejemplo de Jesús, es importante actuar segura de mis valores. Debo ser firme, obediente, fuerte y pacífica. Debo recordar que lo que me ofrece el mundo es transitorio, lo que me ofrece Dios es eterno.

Cuando escojo vivir en el camino que me conduce a mi Padre, y por tanto, a la felicidad verdadera, no tengo que gritar, no tengo que discutir ni hacerle daño al otro. No tengo que convencer a las personas que no creen y no piensan como yo. Simplemente tengo que saber lo que quiero y de una manera firme citar y vivir la Palabra de Dios que me guía, me protege y me lleva a la Vida Eterna. La oración diaria y continua me ayuda a fortalecerme y superar las tentaciones. Al vencerlas siento paz. Intento predicar con mi ejemplo y ayudar a otros a acercarse a Dios, nuestro Padre que nos ama.

Una cliente me preguntaba qué debía contestarle a su esposo, que la incitaba a discutir. Ella contestaba y contestaba, lo cual hacía la situación más confusa y dolorosa; hasta llegaba a decir cosas de las que luego se arrepentía, sintiéndose triste de una situación que ella no comenzó. Concluyó que debía contestar como Jesús cuando fue tentado en el desierto. Firme, seguro, de la Palabra de Dios en sus breves y precisas contestaciones. Asunto resuelto.

Lunes, 2 de marzo de 2020, Evangelio Mt 25, 31-46

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Cuando venga el Hijo del hombre, rodeado de su gloria, acompañado de todos sus ángeles, se sentará en su trono de gloria. Entonces serán congregadas ante él todas las naciones, y él apartará a los unos de los otros, como aparta el pastor a las ovejas de los cabritos, y pondrá a las ovejas a su derecha y a los cabritos a su izquierda.

Entonces dirá el rey a los de su derecha: ‘Vengan, benditos de mi Padre; tomen posesión del Reino preparado para ustedes desde la creación del mundo; porque estuve hambriento y me dieron de comer, sediento y me dieron de beber, era forastero y me hospedaron, estuve desnudo y me vistieron, enfermo y me visitaron, encarcelado y fueron a verme’. Los justos le contestarán entonces: ‘Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos de forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o encarcelado y te fuimos a ver?’ Y el rey les dirá: ‘Yo les aseguro que, cuando lo hicieron con el más insignificante de mis hermanos, conmigo lo hicieron’.

Entonces dirá también a los de su izquierda: ‘Apártense de mí, malditos; vayan al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles; porque estuve hambriento y no me dieron de comer, sediento y no me dieron de beber, era forastero y no me hospedaron, estuve desnudo y no me vistieron, enfermo y encarcelado y no me visitaron’.

Entonces ellos le responderán: ‘Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, de forastero o desnudo, enfermo o encarcelado y no te asistimos?’ Y él les replicará: ‘Yo les aseguro que, cuando no lo hicieron con uno de aquellos más insignificantes, tampoco lo hicieron conmigo’. Entonces irán éstos al castigo eterno y los justos a la vida eterna”.

Reflexión: Mt 25, 31-46

“Cuando lo hicieron con el más insignificante de mis hermanos, conmigo lo hicieron.”

En este Evangelio Jesús me deja ver claramente la importancia de vivir amando al hermano y practicando las obras de misericordia. Estoy llamada a vivir una vida coherente, en donde mis acciones den testimonio de mi fe. Evaluar en qué situaciones voy por el camino que me lleva a Dios y en cuáles actitudes o comportamientos debo mejorar. Doy gracias a Dios por los Ejercicios Espirituales de San Ignacio y por el Examen. Ambas prácticas me han ayudado a crecer espiritualmente y a profundizar en mi reflexión diaria. Una vez escuché esta cita de Sócrates que dice: “Una vida sin reflexión, no vale la pena vivirla.” Y me he dado cuenta de todos los frutos de la oración y meditación. Dios nos ha capacitado a cada uno con distintos dones y talentos. ¿Los pongo al servicio de mis hermanos? ¿De qué manera puedo ayudar a mi prójimo, empezando por mi familia? Todo lo que hagamos por nuestros semejantes, lo estamos haciendo por Jesús. Ese Cristo a quién escuchamos y recibimos en la Eucaristía es el mismo Cristo al que servimos en los hermanos que se cruzan en nuestro camino.

Jesús nos anima al servicio. Reflexiona para que puedas descubrir cómo puedes ayudar en la construcción del Reino. Luego de un examen, yo pude ver cómo Dios me animaba a servirle envolviéndome en varios apostolados de mi parroquia. Hoy con gran alegría doy fe del gozo que se siente cuando ponemos nuestros dones y talentos al servicio de los demás.



Martes, 3 de marzo, Evangelio Mt 6, 7-15

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Cuando ustedes hagan oración no hablen mucho, como los paganos, que se imaginan que a fuerza de mucho hablar, serán escuchados. No los imiten, porque el Padre sabe lo que les hace falta, antes de que se lo pidan. Ustedes, pues, oren así:

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre,
venga tu Reino,
hágase tu voluntad
en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día,
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en tentación
y líbranos del mal.

Si ustedes perdonan las faltas a los hombres, también a ustedes los perdonará el Padre celestial. Pero si ustedes no perdonan a los hombres, tampoco el Padre les perdonará a ustedes sus faltas”.



Reflexión, Mt 6, 7-15

Hay tres oraciones que me hablan al corazón al reflexionar este evangelio.

“No será por mucho hablar que seremos escuchados.” Me gusta saber que el Padre sabe lo que necesitamos antes de que se lo pidamos. No será por mucho hablar que seremos escuchados, sino por el amor desinteresado que pongamos en nuestras buenas acciones. Todos tenemos luchas diarias, y Dios conoce nuestro dolor. Nos pide humildad y obediencia, reconocer que le necesitamos. También nos promete que seremos escuchados, lo cual nos da esperanza y alegría aún en las pruebas y las ausencias. Cuando nos quietamos y hacemos silencio interior, podemos escuchar a Dios con más facilidad.

“Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.” Ser agradecidos es una virtud, vivo agradecida del don de la vida y de mi familia. La vida es un caminar lleno de retos y de crecimientos. Cuando vivimos aceptando la voluntad de Dios, somos más felices. En los momentos de dificultad oro para pedir la sabiduría y la misericordia divina. Estoy convencida de que nuestro Padre nos confortará y asistirá en toda prueba. ¿Puedes ver las bendiciones escondidas que traen los retos a tu vida?

“Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden y no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal.” ¡Qué mucho cuesta perdonar!... Para mí es muy difícil perdonar a quien con tanta maldad le quitó la vida a mi hija a sus 18 años de edad. Ella era una adolescente llena de amor, alegría, luz, en fin un ser humano extraordinario. Hoy reconozco que un ser destruyó sin piedad nuestra familia unida, una familia que vivía con pasión, entrega y sacrificio. No me corresponde a mí perdonarlo ni juzgarlo, sólo a Dios; y confiar en su justicia divina. Yo no tengo pensamientos ni sentimientos de venganza, aunque sí mucho dolor por todo el daño que causó a familiares y amistades. De la mano de María he caminado para transformar la tristeza en alabanzas, alegría y caridad. Todos los días le pido a María que me ayude, que rezando y meditando el Santo Rosario pueda compartir mi testimonio y perdonar. Con la firme convicción y esperanza del cristiano, que el amor nunca muere, nos volveremos a encontrar.

Miércoles, 4 de marzo, Evangelio Lc 11, 29-32

En aquel tiempo, la gente se apiñaba alrededor de Jesús, y él se puso a decirles: "Esta generación es una generación perversa. Pide un signo, pero no se le dará más signo que el signo de Jonás. Como Jonás fue un signo para los habitantes de Nínive, lo mismo será el Hijo del hombre para esta generación.

Cuando sean juzgados los hombres de esta generación, la reina del Sur se levantará y hará que los condenen; porque ella vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón. Cuando sea juzgada esta generación, los hombres de Nínive se alzarán y harán que los condenen; porque ellos se convirtieron con la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás".



Reflexión, Lc 11, 29-32

"Pide una señal, pero no se le dará más señal que la de Jonás." "Porque ellos se convirtieron con la predicación de Jonás y aquí hay uno que es más que Jonás."

Estamos llamados a la conversión, esa es nuestra realidad. Necesitamos entender que nuestra vida se nutre de la Palabra, de un constante compromiso con nuestra fe. ¿Nos alimentamos de las prédicas de Jesús, aquel quien es más que Jonás? Dios nos invita cada día a un proceso de entrega y conversión. Un proceso en el que poco a poco vamos creciendo. Y es la consigna de la Cuaresma, "Conviértete y cree en el Evangelio."

En muchas ocasiones oramos y pedimos señales a Dios para comprenderlo. Nuestro Padre está siempre amándonos incondicionalmente. Dios hace su parte; pero también necesitamos dedicarle tiempo a Dios y estar disponibles para poder escuchar su voz. Constantemente nos envía señales y habla a nuestra conciencia. Nos ama tanto, que nos dio el mejor regalo enviándonos a su Hijo, quien vino al mundo para hablarnos por medio de sus parábolas y enseñanzas. Es por esta razón, que en cada Eucaristía nos acercamos a Dios, porque cada vez que leemos, escuchamos y meditamos Su Palabra, lo conocemos mejor. Y no podemos amar lo que no conocemos.

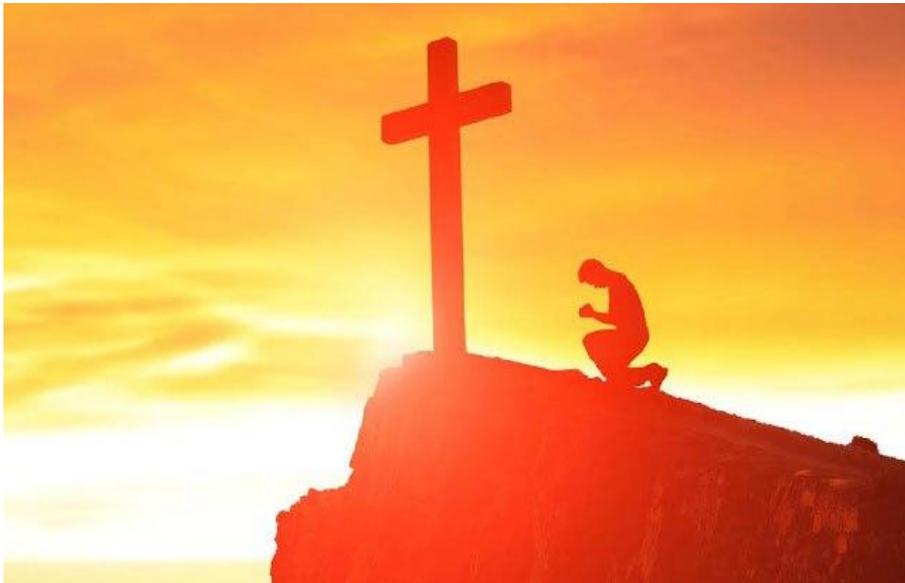
Somos humanos. Vivimos con miedos y angustias. Dudamos y perdemos la confianza y la esperanza. En cambio, esta debilidad nos ayuda a reconocer cuánto necesitamos a Dios. Entonces podemos recurrir a la oración de petición y con humildad decirle, "Señor creo; pero aumenta mi fe." Nunca debemos olvidar la misericordia de Dios y la certeza de que el Padre Todopoderoso nos guía, ilumina y nos acompaña en nuestra vida espiritual. El reto es seguir perseverando y aprendiendo de nuestras faltas. Toda la vida es un proceso de conversión y crecimiento. Y yo puedo decidir hoy pasar por este proceso agarrado de la mano de Jesús y María. Una fe adulta es nuestra meta.

Jueves, 5 de marzo de 2020, Evangelio Mt 7, 7-12

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; toquen y se les abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que toca, se le abre.

¿Hay acaso entre ustedes alguno que le dé una piedra a su hijo, si éste le pide pan? Y si le pide pescado, ¿le dará una serpiente? Si ustedes, a pesar de ser malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, con cuánta mayor razón el Padre, que está en los cielos, dará cosas buenas a quienes se las pidan.

Traten a los demás como quieren que ellos los traten a ustedes. En esto se resumen la ley y los profetas".



Reflexión, Mt 7, 7-12

Pidan a Dios y Él les dará. Hablen con Dios y encontrarán lo que buscan. Llámelo, y Él los atenderá. El que confía en Dios recibe lo que pide, encuentra lo que busca y si llama, es atendido.

Dios nunca deja de actuar en nuestra vida, Dios siempre está manifestándose con amor en tu vida y en la mía, no importa lo que suceda y cómo suceda, Dios está ahí obrando.

Cuando somos capaces de vivir confiando en que Dios está obrando en nuestra vida, aprendemos a soltar y a confiar en Él y es así como logramos que nuestra vida se llene de paz. Ni una hoja de un árbol se mueve si no está en el Plan de Divino de Dios. Dios está ejecutando su Plan Divino para ti y para mí. Tranquilo, tranquila; confía, suelta, espera. Haz tu parte, que Dios hace la suya.

A través de la oración de petición a nuestro Padre Celestial experimentamos una fe maravillosa, una esperanza confiada y un amor absoluto en este Dios que tanto nos ama.

También en este evangelio Jesús nos pide que tratemos a los demás como nosotros queremos ser tratados. Esta petición es parte del primer mandamiento de ley de Dios. Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.

Viernes, 6 de marzo, Evangelio Mt 5, 20-26

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Les aseguro que si su justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, ciertamente no entrarán ustedes en el Reino de los cielos.

Han oído que se dijo a los antiguos: *No matarás y el que mate será llevado ante el tribunal. Pero yo les digo: Todo el que se enoje con su hermano, será llevado también ante el tribunal; el que insulte a su hermano, será llevado ante el tribunal supremo, y el que lo desprecie, será llevado al fuego del lugar de castigo.*

Por lo tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja tu ofrenda junto al altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y vuelve luego a presentar tu ofrenda.

Arréglate pronto con tu adversario, mientras vas con él por el camino; no sea que te entregue al juez, el juez al policía y te metan a la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último centavo”.



Reflexión, Mt 5, 20-26

El mensaje de este evangelio es un mensaje de reconciliación, paz y amor. Pedía una justicia mayor a la de los escribas y fariseos, a quienes intentaban seguir la Ley de Moisés al pie de la letra, pero se olvidaban de que Dios había dicho “Misericordia quiero y no sacrificios”. Jesús rompe con los comportamientos e interpretaciones erradas que se encerraban en la prisión de la letra, y establece de forma categórica el objetivo último de la ley: el Amor. Cuando el amor rige nuestras acciones y comportamientos, convivimos en paz.

La misericordia de Jesús es inmensa. Él es la misericordia y el amor vivo. Nos amó hasta el extremo, dio su vida por nosotros y por nuestros pecados. Cito una canción que resume su gran amor: “Nadie te ama como yo, mira la cruz, esa es mi más grande prueba, fue por ti, porque te amo”.

Para perdonar y reconciliarnos con quien nos hiere o hemos herido, necesitamos la fuerza del “AMOR” con mayúsculas. Reflexionando sobre la fuerza del amor me vino a la mente una aseveración del Padre Carlos Yepes que me impactó. Explicaba que el amor a través de los ojos “deslumbra” y el amor a través del corazón “alumbra”. Busquemos esa fuerza del Espíritu Santo, ese amor que habita en nuestro corazón, para alumbrar la vida de nuestro prójimo. Concluyo que para perdonar y reconciliarnos con nuestro hermano tenemos que amar con el corazón más allá de las apariencias. Perdonar de corazón.

Oración: Señor, Tú me has perdonado innumerables veces, moriste por mí y mis pecados; concédeme que mi CORAZÓN perdone y ame a los que me hirieron. Te pido que permitas que yo te proyecte ante ellos, que les concedas paz y sientan tu amor en mi presencia. Ayúdame, Señor a seguir tu ejemplo. ¡Amén!

Sábado, 7 de marzo de 2020, Evangelio Mt 5, 43-48

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Han oído que se dijo: *Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo*. Yo, en cambio, les digo: Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian y rueguen por los que los persiguen y calumnian, para que sean hijos de su Padre celestial, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y manda su lluvia sobre los justos y los injustos.

Porque, si ustedes aman a los que los aman, ¿qué recompensa merecen? ¿No hacen eso mismo los publicanos? Y si saludan tan sólo a sus hermanos, ¿qué hacen de extraordinario? ¿No hacen eso mismo los paganos? Sean, pues, perfectos como su Padre celestial es perfecto”.



Reflexión Mt 5, 43-48

“Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian y rueguen por los que los persiguen...”

La oferta de Dios es clara y concreta: amar a todos, nuestros amigos y enemigos y amarlos incondicionalmente. El camino a la santidad, al que aspiramos, se va forjando cada vez que tomamos la decisión de amar. Es difícil amar cuando te calumnian, te ofenden, te ignoran o critican; pero no es imposible. Hay que abandonarse con mucha humildad y pedirle a Dios la gracia de amar como Él ama.

Hay muchas maneras de amar. Cada vez que escuchamos, somos solidarios, somos pacientes, ofrecemos nuestro tiempo, perdonamos o nos silenciamos ante una crítica, estamos amando. Dios siempre está atento y se alegra cada vez que hacemos un bien por el prójimo. Aún ése que te roba la paz merece que lo trates con amor. La próxima vez que alguien no te desee el bien, ora por esa persona.

Amar siempre. Ese fue el gran ejemplo que nos dio Jesús. Fue calumniado, atacado y perseguido pero su amor y obediencia fueron la fortaleza que lo proclamaron vencedor. Tenemos una invitación a ser sus seguidores y asumir su estilo de vida. ¿Estoy dispuesto a amar a todos o haré una selección según me hayan tratado? ¿Estoy consciente de que la santidad es una meta por alcanzar?

Domingo, 8 de marzo de 2020, Evangelio Mt 17, 1-9

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, el hermano de éste, y los hizo subir a solas con él a un monte elevado. Ahí se transfiguró en su presencia: su rostro se puso resplandeciente como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la nieve. De pronto aparecieron ante ellos Moisés y Elías, conversando con Jesús.

Entonces Pedro le dijo a Jesús: "Señor, ¡qué bueno sería quedarnos aquí! Si quieres, haremos aquí tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías".

Cuando aún estaba hablando, una nube luminosa los cubrió y de ella salió una voz que decía: "Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias; escúchenlo". Al oír esto, los discípulos cayeron rostro en tierra, llenos de un gran temor. Jesús se acercó a ellos, los tocó y les dijo: "Levántense y no teman". Alzando entonces los ojos, ya no vieron a nadie más que a Jesús.

Mientras bajaban del monte, Jesús les ordenó: "No le cuenten a nadie lo que han visto, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos".



Reflexión, Mt 17, 1-9

Hay tres frases que hablan a mi corazón al reflexionar este Evangelio:

---Levántense y no teman.

---Este es mi hijo amado, escúchenlo.

---Qué bueno sería quedarnos aquí.

Jesús nos invita a levantarnos y a poner toda nuestra confianza en Él. En los últimos meses nuestro querido Puerto Rico ha pasado por terremotos, protestas, ansiedades y cada persona también ha experimentado sus propias tormentas. La buena noticia es que a pesar de todo, Dios está en control. Su amor y su misericordia por nosotros, sus hijos amados, es mayor que cualquier situación. El Padre nos dice: Este es mi hijo amado; escúchenlo, y yo me pregunto, ¿Sacamos el tiempo para escuchar a Dios? ¿Meditamos Su Palabra y hacemos silencio interior para poder discernir lo que nos quiere comunicar?

Recuerdo una experiencia en donde me encontraba en una gran desolación por un distanciamiento con un familiar cercano. Estaba muy triste, un poco deprimida y hasta orar me costaba mucho. Con un rosario en mano, le pedí luz a Dios y le dije "Señor no tengo control de lo que pasa, Tú me conoces, con humildad te pido que me des luz." Luego de varios días, la oración me llevo al Santísimo y allí pude encontrar paz y serenidad aún en medio del dolor. Dios me dio la fortaleza para enfrentar mi situación y también me envió amigos que fueron unos ángeles quienes me aconsejaron con cariño. En fin, todo se resolvió en el tiempo de Dios.

Esta experiencia difícil fue de mucho crecimiento y de bendición porque gracias a ella me acerqué mucho más a Jesús. Hace 4 años que me comprometí con el Señor para adorarlo en el Santísimo una vez a la semana. En las alegrías y también en las tristezas, el Señor se ha hecho presente y yo le he dado las gracias diciéndole "Señor que bueno sería quedarnos aquí."

Lunes, 9 de marzo, Evangelio Lc 6, 36-38

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Sean misericordiosos, como su Padre es misericordioso. No juzguen y no serán juzgados; no condenen y no serán condenados; perdonen y serán perdonados.

Den y se les dará: recibirán una medida buena, bien sacudida, apretada y rebosante en los pliegues de su túnica. Porque con la misma medida con que midan, serán medidos”.



Reflexión, Lc 6, 36-38

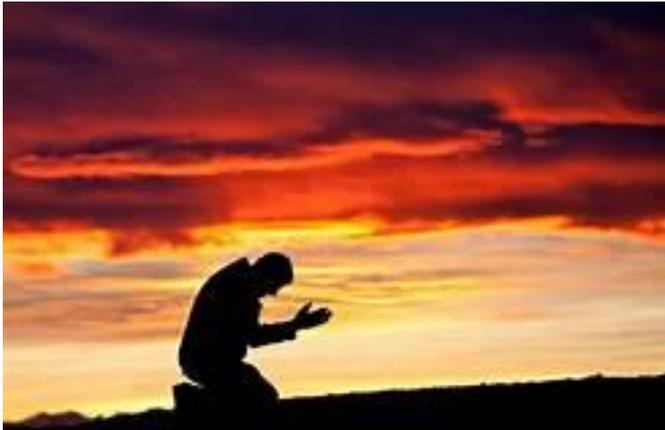
Desde el 28 de diciembre nuestras vidas experimentaron una nueva realidad. Debajo de nuestros pies en Playa Santa, Guánica, se comenzaron a mover placas sísmicas, convirtiendo nuestro suelo del sur en epicentro de temblores hasta el día de hoy. El 7 de enero un sismo de 6.4 grados devastó estructuras de todo tipo. Pero lo peor ha sido la pérdida de la estabilidad emocional de miles de seres humanos que no logran volver a tener sus vidas como eran antes. No sienten la tranquilidad y la serenidad en sus hogares por miedo a que sus residencias se desplomen con ellos adentro. Esto ha ocasionado un éxodo significativo de nuestros compueblanos del sur.

Me siento llena de agradecimiento a Dios, que me ha regalado la gracia de haber experimentado esta fuerza y poderío de la naturaleza, y a la misma vez la gracia de mantener aplomo y control. He ofrecido a los demás lo mismo que Dios me ha dado, compartiéndoles mi fe para continuar enfrentando nuestra nueva realidad. Así soy coherente a nuestra fe cristiana y el Evangelio de Jesús: siendo empática, ofreciendo compasión y solidaridad a todos mis vecinos, dándoles testimonio de confianza, fe y esperanza de que todo es pasajero si mantenemos nuestra mirada en Jesús que nos fortalece. LIDR

Martes, 10 de marzo, Evangelio Mt 23, 1-12

En aquel tiempo, Jesús dijo a las multitudes y a sus discípulos: “En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Hagan, pues, todo lo que les digan, pero no imiten sus obras, porque dicen una cosa y hacen otra. Hacen fardos muy pesados y difíciles de llevar y los echan sobre las espaldas de los hombres, pero ellos ni con el dedo los quieren mover. Todo lo hacen para que los vea la gente. Ensanchan las filacterias y las franjas del manto; les agrada ocupar los primeros lugares en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; les gusta que los saluden en las plazas y que la gente los llame ‘maestros’.

Ustedes, en cambio, no dejen que los llamen ‘maestros’, porque no tienen más que un Maestro y todos ustedes son hermanos. A ningún hombre sobre la tierra lo llamen ‘padre’, porque el Padre de ustedes es sólo el Padre celestial. No se dejen llamar ‘guías’, porque el guía de ustedes es solamente Cristo. Que el mayor de entre ustedes sea su servidor, porque el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido”.



Reflexión, Mt 23, 1-12

La lectura de hoy me invita a reflexionar acerca de la coherencia que debe existir entre lo que decimos y lo que hacemos. En mi oración personal pido a Jesús que me ayude a ser sincera en mi relación diaria con Dios y con los demás. No debo predicar algo que no practico como lo hacían los fariseos, pues eso me hace ser hipócrita ante los ojos de Dios, quien todo lo ve.

A diario nos vemos expuestos a situaciones de grandes retos, frustraciones y desilusiones que nos llevan a cuestionar nuestro comportamiento y respuesta a la luz de nuestra fe. Debemos vivir una vida coherente basada en la oración, los sacramentos y dejando atrás las máscaras que nos impiden ser cristianos auténticos. Esta coherencia la alimentamos también poniendo en práctica nuestro compromiso con el amor y el servicio a los más necesitados de la sociedad en la cual vivimos.

No podemos llamarnos cristianos si no salimos de nuestra zona de confort y nos dejamos controlar por nuestro egoísmo. Esta forma de ser no permitirá que salgamos al encuentro de quien nos necesita. Este encuentro se da a diario en nuestros hogares, vecindarios, lugar de trabajo, nuestra familia y con nuestras amistades.

En estos últimos años la comunidad puertorriqueña se ha visto atacada por los estragos causados por huracanes y los terremotos. Hay mucho sufrimiento y, conjuntamente con amistades y familiares, hemos salido de nuestra realidad de confort para ayudar y lo seguimos haciendo. Todo lo que hagamos, lo debemos hacer en silencio, sin darnos aires de superioridad. Que sólo Dios sea testigo de nuestra obra hecha con un corazón puro y auténtico movido por el dolor y la necesidad de los demás.

Miércoles, 11 de marzo, Evangelio Mt 20, 17-28

En aquel tiempo, mientras iba de camino a Jerusalén, Jesús llamó aparte a los Doce y les dijo: “Ya vamos camino de Jerusalén y el Hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, que lo condenarán a muerte y lo entregarán a los paganos para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; pero al tercer día, resucitará”.

Entonces se acercó a Jesús la madre de los hijos de Zebedeo, junto con ellos, y se postró para hacerle una petición. Él le preguntó: “¿Qué deseas?” Ella respondió: “Concédeme que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda, en tu Reino”. Pero Jesús replicó: “No saben ustedes lo que piden. ¿Podrán beber el cáliz que yo he de beber?” Ellos contestaron: “Sí podemos”. Y él les dijo: “Beberán mi cáliz; pero eso de sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo; es para quien mi Padre lo tiene reservado”.

Al oír aquello, los otros diez discípulos se indignaron contra los dos hermanos. Pero Jesús los llamó y les dijo: “Ya saben que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. Que no sea así entre ustedes. El que quiera ser grande entre ustedes, que sea el que los sirva, y el que quiera ser primero, que sea su esclavo; así como el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar la vida por la redención de todos”.



Reflexión Mt 20, 17-28

Con el Huracán María muchos puertorriqueños experimentamos miedo, soledad e incertidumbre. Estos sentimientos se repiten hoy con los constantes sismos en el área sur de la isla. Pero Dios nos llama e invita a todos y cada uno de nosotros a estar atentos y servir con amor al prójimo que tantas veces está tan cerca. Seguir a Jesús nos hace apreciar y agradecer todo lo que Dios hace por nosotros y todo lo que nos regala cada día, sólo porque nos ama. Así, con todo lo que somos y tenemos ayudar al que necesita para darle la mayor gloria a Él.

Durante el paso del huracán María y recientemente con los sismos, he tenido la bendición de observar y participar en misiones médicas y de ayuda humanitaria en comunidades afectadas y olvidadas. Es una labor extraordinaria, desde la organización hasta el cuidado y el amor con que estas personas atienden a los necesitados. El esfuerzo y trabajo de todos esos voluntarios es sanador, me hace recordar el Evangelio de Marcos, cuando entre cuatro traen al paralítico en una camilla y lo bajan por el tejado de la casa donde estaba Jesús en medio de un gentío. Creo que cuando se sirve con amor, como nos invita Jesús, olvidándonos de nosotros mismos para ayudar al prójimo, estamos sanando primero y llevando sanación al que es servido.

Dos años después del huracán María tuvimos un anuncio de huracán para Puerto Rico. Estando en la fila de una tienda para pagar, una mujer muy ansiosa y triste me contaba que estaba comprando agua y algunas cosas para abastecerse. Con lágrimas en sus ojos recordó que hacía dos años había estado allí haciendo lo mismo junto a su esposo, que falleció días después del huracán María. En la fila nos abrazamos y lloramos. En todas partes hay personas que necesitan ser escuchadas, acompañadas, abrazadas... El cansancio, el miedo, la desolación y la incertidumbre se han vuelto a apoderar de nuestra gente, especialmente de los que viven en el área sur. He aprendido que vivimos cada día y cada momento en misión. Dios nos pone donde nos necesita, nos llama a estar atentos a quien está a nuestro lado, a sentir empatía por nuestros hermanos, como Él mismo nos enseñó con sus acciones. La grandeza de nuestras obras se mide con el amor que ponemos en ellas, sin importar cuán simples puedan ser.

Dios cuenta con nosotros para la construcción del Reino de paz, amor y justicia, donde sus manos son las nuestras y su luz brilla a través de nosotros; porque “el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por todos.”

Jueves, 12 de marzo, Evangelio Lc 16, 19-31

En aquel tiempo, Jesús dijo a los fariseos: “Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y telas finas y banqueteaba espléndidamente cada día. Y un mendigo, llamado Lázaro, yacía a la entrada de su casa, cubierto de llagas y ansiando llenarse con las sobras que caían de la mesa del rico. Y hasta los perros se acercaban a lamerle las llagas.

Sucedió, pues, que murió el mendigo y los ángeles lo llevaron al seno de Abraham. Murió también el rico y lo enterraron. Estaba éste en el lugar de castigo, en medio de tormentos, cuando levantó los ojos y vio a lo lejos a Abraham y a Lázaro junto a él.

Entonces gritó: ‘Padre Abraham, ten piedad de mí. Manda a Lázaro que moje en agua la punta de su dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas’. Pero Abraham le contestó: ‘Hijo, recuerda que en tu vida recibiste bienes y Lázaro, en cambio, males. Por eso él goza ahora de consuelo, mientras que tú sufres tormentos. Además, entre ustedes y nosotros se abre un abismo inmenso, que nadie puede cruzar, ni hacia allá ni hacia acá’.

El rico insistió: ‘Te ruego, entonces, padre Abraham, que mandes a Lázaro a mi casa, pues me quedan allá cinco hermanos, para que les advierta y no acaben también ellos en este lugar de tormentos’. Abraham le dijo: ‘Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen’. Pero el rico replicó: ‘No, padre Abraham. Si un muerto va a decírselo, entonces sí se arrepentirán’. Abraham repuso: ‘Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso, ni aunque resucite un muerto’ ”.

Reflexión Lc 16, 19-31

Como Franciscana Seglar de la Tercera Orden de San Francisco de Asís, me ha tocado grandemente este evangelio, ya que Francisco se convirtió en el más pobre de los pobres, a tal punto que dejó todo para servir a la Hermana Pobreza, como él le llamaba.

En una ocasión, escuché a un Fraile hablar de una breve historia, ya que las relaciones interpersonales tienen mucho significado y es reflejo de cómo nosotros vivimos nuestra vida de Fe y nuestra vida cristiana. Él contaba de una muy buena alumna que le tocó hacer un examen y contestó todo acertadamente, pero al llegar al final de la prueba le hicieron esta pregunta: ¿Cómo se llama la persona que hace el aseo de esta escuela? Ella pensó que la pregunta era una broma del profesor y no pudo contestarla, ya que no sabía el nombre. Aunque lo había visto, no se había tomado el tiempo para hablar y saludar a aquella persona que era humilde y sencilla. Cuando salía, vio al profesor y le dijo: “Profesor la última pregunta vale para la nota?” A lo que él respondió, “sí vale.”

Lastimosamente, ninguno de los estudiantes la pudo contestar. Eso mismo nos puede pasar a nosotros también. Quizás despreciamos a nuestros hermanos que vemos, quizás como el pobre Lázaro. Me pregunto, ¿será ésta una actitud de verdaderos cristianos, de verdadera Fe como hijos de Dios? Imitemos a Francisco de Asís, el santo de los pobres.



Viernes, 13 de marzo, Evangelio Mt 21, 33-43. 45-46

En aquel tiempo, Jesús dijo a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo esta parábola: “Había una vez un propietario que plantó un viñedo, lo rodeó con una cerca, cavó un lagar en él, construyó una torre para el vigilante y luego la alquiló a unos viñadores y se fue de viaje.

Llegado el tiempo de la vendimia, envió a sus criados para pedir su parte de los frutos a los viñadores; pero éstos se apoderaron de los criados, golpearon a uno, mataron a otro, y a otro más lo apedrearon. Envió de nuevo a otros criados, en mayor número que los primeros, y los trataron del mismo modo.

Por último, les mandó a su propio hijo, pensando: ‘A mi hijo lo respetarán’. Pero cuando los viñadores lo vieron, se dijeron unos a otros: ‘Éste es el heredero. Vamos a matarlo y nos quedaremos con su herencia’. Le echaron mano, lo sacaron del viñedo y lo mataron.

Ahora díganme: Cuando vuelva el dueño del viñedo, ¿qué hará con esos viñadores?” Ellos le respondieron: “Dará muerte terrible a esos desalmados y arrendará el viñedo a otros viñadores, que le entreguen los frutos a su tiempo”.

Entonces Jesús les dijo: “¿No han leído nunca en la Escritura: La piedra que desecharon los constructores, es ahora la piedra angular. Esto es obra del Señor y es un prodigio admirable?

Por esta razón les digo que les será quitado a ustedes el Reino de Dios y se le dará a un pueblo que produzca sus frutos”.

Al oír estas palabras, los sumos sacerdotes y los fariseos comprendieron que Jesús las decía por ellos y quisieron aprehenderlo, pero tuvieron miedo a la multitud, pues era tenido por un profeta.

Reflexión Mt 21, 33-43. 45-46

...Nos comparamos en esta reflexión al propietario, tenemos que trabajar por nuestro reino y cuidar de nuestros frutos. No podemos descuidarnos y permitir que otras cosas vayan a desviar nuestro camino.

EL amor que Cristo me tiene es puro, único, me ama a mí, que soy pecador. Respondo a su amor con mi ejemplo de amor hacia otros, siempre teniéndolo a Él primero en mi vida; fortaleciéndome a través de la oración, las buenas obras y las visitas al Sagrario. Recordar su promesa de que al morir iré a su Reino, es prueba de su preocupación y amor por mí. Sí, me ama mucho y me lo demuestra.

Cuando el propietario regresó y mandó a sus sirvientes a cobrar su parte de la cosecha no fueron bien recibidos. No le pagaron su dinero y maltrataron y mataron a los sirvientes. Por tercera vez envía entonces a su hijo, creyendo que lo respetarían, pero no fue así. Nuestro Dios mandó a su único hijo al mundo, pero no le creyeron, lo humillaron y lo mataron. Nuestro Padre adorado murió en una cruz por nosotros.

Algunas veces nos sentimos así, solos, maltratados, necesitados de buscar ese hombro que Cristo siempre nos ofrece, cuando nos sentimos frágiles; sólo Dios puede darnos esa paz y tranquilidad que buscamos.

Cuando más débil me sentí en mi vida, imploré al Espíritu Santo que nunca me abandonara. Pasé largas horas visitándolo en adoración y pidiendo su misericordia. Le doy gracias porque me dio una fuerza y valor que no sabía que tenía y he podido enfrentar situaciones difíciles en oración y paz. Vivimos juntos mi sufrimiento y soledad. AB



Sábado, 14 de marzo, Evangelio Lc 15, 1-3. 11-32

En aquel tiempo, se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores para escucharlo. Por lo cual los fariseos y los escribas murmuraban entre sí: “Éste recibe a los pecadores y come con ellos”.

Jesús les dijo entonces esta parábola: “Un hombre tenía dos hijos, y el menor de ellos le dijo a su padre: ‘Padre, dame la parte de la herencia que me toca’. Y él les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se fue a un país lejano y allá derrochó su fortuna, viviendo de una manera disoluta. Después de malgastarlo todo, sobrevino en aquella región una gran hambre y él empezó a padecer necesidad. Entonces fue a pedirle trabajo a un habitante de aquel país, el cual lo mandó a sus campos a cuidar cerdos. Tenía ganas de hartarse con las bellotas que comían los cerdos, pero no lo dejaban que se las comiera.

Se puso entonces a reflexionar y se dijo: ‘¡Cuántos trabajadores en casa de mi padre tienen pan de sobra, y yo, aquí, me estoy muriendo de hambre! Me levantaré, volveré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo. Recíbeme como a uno de tus trabajadores’.

Enseguida se puso en camino hacia la casa de su padre. Estaba todavía lejos, cuando su padre lo vio y se enterneció profundamente. Corrió hacia él, y echándole los brazos al cuello, lo cubrió de besos. El muchacho le dijo: ‘Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo’.

Pero el padre les dijo a sus criados: ‘¡Pronto!, traigan la túnica más rica y vístansela; pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies; traigan el becerro gordo y mátenlo. Comamos y hagamos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado’. Y empezó el banquete.

El hijo mayor estaba en el campo y al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y los cantos. Entonces llamó a uno de los criados y le preguntó qué pasaba. Éste le contestó: ‘Tu hermano ha regresado y tu padre mandó matar el becerro gordo, por haberlo recobrado sano y salvo’. El hermano mayor se enojó y no quería entrar.

Salió entonces el padre y le rogó que entrara; pero él replicó: ‘¡Hace tanto tiempo que te sirvo, sin desobedecer jamás una orden tuya, y tú no me has dado nunca ni un cabrito para comérmelo con mis amigos! Pero eso sí, viene ese hijo tuyo, que despilfarró tus bienes con malas mujeres, y tú mandas matar el becerro gordo’.

El padre repuso: ‘Hijo, tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo. Pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado’ ”.

Reflexión Lc 15, 1-3. 11-32

Estoy siguiendo el camino que nos enseñó el Hijo de Dios, por lo cual me considero bendecida por Dios. A través de los eventos de la vida he encontrado Su eterna y poderosa presencia en mi vida. He rebasado la rutina del rito, ahora le encuentro significado a lo que hago y a las cosas que Dios permite en mi vida. (Ahora lo vivo, es realidad presente y constante en mi vida).

He tenido muy pocas dificultades; pero cuando ha sucedido he visto la presencia de Dios. Gracias a ese momento difícil he vuelto mi mirada a Él. Lo busco, me relaciono, entonces surge la luz, comprendo y acepto mejor lo que sucede. Se abre una vía de una mejor relación con Dios. Uso su divina y poderosa palabra (La Biblia), e invoco al Espíritu Santo quien derrama sus gracias sobre mí para fortalecerme para la batalla terrenal.

Gracias a que Dios ha derramado sus dones sobre mí, estoy espiritualmente convencida de que el amor de Dios me protege, que es eterno. Libro una batalla terrenal, pero si me mantengo en comunicación con mi Creador y me amparo en sus promesas no tengo que temer a NADA. Doy testimonio de que Dios está presente, todo está bien a pesar de los momentos difíciles. El amor y la misericordia de Dios es infinita. GRACIAS SEÑOR GRACIAS.

Introspección: La separación de mi esposo, por adulterio, 14 años de batalla. Al unísono una relación con Dios más viva, más presente. Él y yo, hasta que pude entender, Señor, humildemente con Tu amor me basta. Después de eso no hay por qué temer. Gracias a Dios que me ama, aprendí a amar. Gracias, Señor.



**Domingo, 15 de marzo, Evangelio Jn 4, 5-15. 19b-26. 39a.
40-42**

En aquel tiempo, llegó Jesús a un pueblo de Samaria, llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José. Ahí estaba el pozo de Jacob. Jesús, que venía cansado del camino, se sentó sin más en el brocal del pozo. Era cerca del mediodía.

Entonces llegó una mujer de Samaria a sacar agua y Jesús le dijo: “Dame de beber”. (Sus discípulos habían ido al pueblo a comprar comida). La samaritana le contestó: “¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?” (Porque los judíos no tratan a los samaritanos). Jesús le dijo: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a él, y él te daría agua viva”.

La mujer le respondió: “Señor, ni siquiera tienes con qué sacar agua y el pozo es profundo, ¿cómo vas a darme agua viva? ¿Acaso eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del que bebieron él, sus hijos y sus ganados?” Jesús le contestó: “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed. Pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed; el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un manantial capaz de dar la vida eterna”.

La mujer le dijo: “Señor, dame de esa agua para que no vuelva a tener sed ni tenga que venir hasta aquí a sacarla. Ya veo que eres profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte y ustedes dicen que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén”.

Jesús le dijo: “Créeme, mujer, que se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre. Ustedes adoran lo que no conocen; nosotros adoramos lo que conocemos. Porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, y ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así es como el Padre quiere que se le dé culto. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad”.

La mujer le dijo: “Ya sé que va a venir el Mesías (es decir, Cristo). Cuando venga, él nos dará razón de todo”. Jesús le dijo: “Soy yo, el que habla contigo”.

Muchos samaritanos de aquel poblado creyeron en Jesús por el testimonio de la mujer: ‘Me dijo todo lo que he hecho’. Cuando los samaritanos llegaron a donde él estaba, le rogaban que se quedara con ellos, y se quedó allí dos días. Muchos más creyeron en él al oír su palabra. Y decían a la mujer: “Ya no creemos por lo que tú nos has contado, pues nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es, de veras, el Salvador del mundo”.

Reflexión Jn 4, 5-15. 19b-26. 39a. 40-42

El encuentro de Jesús y la Samaritana me evoca el recuerdo de la concentración de mis vecinos en la madrugada del temblor el 7 de enero 2020. Sentí miedo y corrí hacia el estacionamiento de nuestro complejo de viviendas. ¡La convivencia y el compartir con mis vecinos me dio PAZ en medio de la tormenta! Hicimos un censo poblacional del edificio. La comunicación entre familiares fue lo próximo, junto con el escuchar las noticias por el celular y las reacciones individuales que expresaban el trauma del momento. La sed de protección, orden y empatía fue saciada.

Aprendimos que: CONGREGARNOS, COMPARTIR, y DAR TESTIMONIOS aumentó nuestra FE.

¡Ser AGRADECIDOS por el encuentro de una experiencia personal fue un desafío que nos acercó a Jesús!

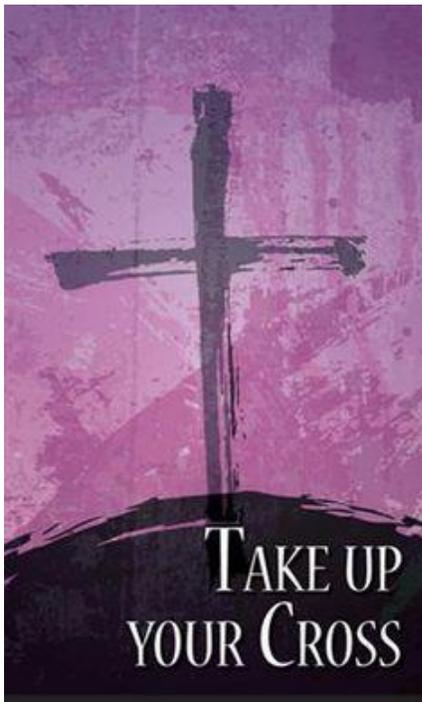
¡Adorarlo en ESPÍRITU y VERDAD es una disposición a la que llegamos una vez que nos detenemos y reconocemos nuestra fragilidad, limitaciones y nos abrazamos a ÉL!



Lunes 16 de marzo, Evangelio Lc 4: 24-30

Y Jesús añadió: "Ningún profeta es bien recibido en su patria. En verdad les digo que había muchas viudas en Israel en tiempos de Elías, cuando el cielo retuvo la lluvia durante tres años y medio y un gran hambre azotó a todo el país. Sin embargo Elías no fue enviado a ninguna de ellas, sino a una mujer de Sarepta, en tierras de Sidón. También había muchos leprosos en Israel en tiempos del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue curado, sino Naamán, el sirio."

Todos en la sinagoga se indignaron al escuchar estas palabras; se levantaron y lo empujaron fuera del pueblo, llevándolo hacia un barranco del cerro sobre el que está construido el pueblo, con intención de arrojarlo desde allí. Pero Jesús pasó por medio de ellos y siguió su camino.



Reflexión Lc 4, 24-30

Recuerdo que hace algunos años sufrí un infarto cardíaco. En ese momento estaba disfrutando de la playa con familiares y amigos, y de repente... todo se volvió confusión. Me llevaron al hospital y en efecto, estaba infartando y me tuve que quedar en el hospital. Mi familia y amigos tuvieron que regresar a San Juan y me quede sola en el Sur. Allí pasé cuatro largos días en una Sala de Cuidado Intensivo.

Los que allí estaban eran cristianos, pero había una "resistencia" al Catolicismo. Tenía mi Rosario en la mano, mi Escapulario puesto y un libro de oraciones de la Iglesia para el Combate Espiritual. No podía hacer otra cosa que orar y esperar en la Misericordia del Señor de que aquel evento pasara y pudiera salir y regresar con mi familia.

Los enfermeros, aunque amables, me miraban raro. Un médico me preguntó cuál era el libro ese que leía; se burló diciendo que lo único que él necesitaba era La Palabra del Señor. Mi Rosario estaba siempre en mi mano. Mi fe Católica y la oración eran lo único que me mantenían de día a día.

A pesar de las contrariedades tuve la visita inesperada y grata de un Sacerdote de quien recibí los Sacramentos y además un texto de un amigo con parte del Salmo 15 en el que dice "...Tú, Señor, eres mi todo; Tú me colmas de bendiciones; mi vida está en Tus manos..."

¿Cuántas veces tú y yo hemos sido llamados a ser profetas en nuestro entorno y cotidianidad, a veces sin darnos cuenta, cómo respondemos?

Martes, 17 de marzo, Evangelio Mt 18, 21-35

En aquel tiempo, Pedro se acercó a Jesús y le preguntó: "Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?" Jesús le contestó: "No sólo hasta siete, sino hasta setenta veces siete".

Entonces Jesús les dijo: "El Reino de los cielos es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus servidores. El primero que le presentaron le debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él, a su mujer, a sus hijos y todas sus posesiones, para saldar la deuda. El servidor, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: 'Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo'. El rey tuvo lástima de aquel servidor, lo soltó y hasta le perdonó la deuda.

Pero, apenas había salido aquel servidor, se encontró con uno de sus compañeros, que le debía poco dinero. Entonces lo agarró por el cuello y casi lo estrangulaba, mientras le decía: 'Págame lo que me debes'. El compañero se le arrodilló y le rogaba: 'Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo'. Pero el otro no quiso escucharlo, sino que fue y lo metió en la cárcel hasta que le pagara la deuda.

Al ver lo ocurrido, sus compañeros se llenaron de indignación y fueron a contar al rey lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: 'Siervo malvado. Te perdoné toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también haber tenido compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?' Y el señor, encolerizado, lo entregó a los verdugos para que no lo soltaran hasta que pagara lo que debía.

Pues lo mismo hará mi Padre celestial con ustedes, si cada cual no perdona de corazón a su hermano".

Reflexión Mt 18, 21-35

Entonces, Pedro se acercó y le preguntó: "Señor, ¿cuántas veces debo perdonar las ofensas de mi hermano? ¿Hasta siete veces?" Jesús le contestó: "No te digo siete, sino setenta y siete veces."

Señor, ¿por qué es tan difícil perdonar? Tú dices que hay que perdonar setenta y siete veces, lo dijiste y lo hiciste, nos diste el ejemplo. Pero para nosotros, aunque se trate del hermano que vuelve arrepentido a pedir disculpas, es bien difícil. Es que las ofensas que nos hacen, la falta de caridad, insultos sin razón, injurias, alteran nuestra paz y nos sacan del equilibrio emocional y espiritual que tanto necesitamos. Sin embargo, al meditar me doy cuenta que todo eso es poco en comparación con nuestras ofensas a Dios. Tú Señor siempre nos perdonas y nos levantas cuando acudimos a Ti con un corazón contrito y humillado, dispuestos a pedirte perdón y reconciliarnos contigo y con nuestros hermanos. ¡Gracias Señor!

No podemos portarnos como el siervo malo de la parábola, tenemos que portarnos como hermanos y perdonar, porque somos hijos del mismo Dios Padre que siempre nos perdona. Dios murió en la cruz perdonando a los que lo llevaron a la muerte. Sus seguidores debemos ser capaces de perdonar, amarnos, liberarnos y reconciliarnos; predicar en su nombre, sin palabras, con nuestro ejemplo.

Para llegar a una relación íntima con nuestro Dios... es indispensable nuestra oración continua. Pedir a Dios que aumente nuestra fe día a día para mirar todo con los ojos de la fe y ver el mundo con ojos compasivos, llenos de amor... Así haremos brillar nuestra luz ante los hermanos y daremos Gloria a nuestro Dios. AR



Miércoles 18 de marzo, Evangelio Mt 5, 17-19

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: «No crean que he venido a abolir la ley o los profetas; no he venido a abolirlos, sino a darles plenitud. Yo les aseguro que antes se acabarán el cielo y la tierra, que deje de cumplirse hasta la más pequeña letra o coma de la ley. Por lo tanto, el que quebrante uno de estos preceptos menores y enseñe eso a los hombres, será el menor en el Reino de los cielos; pero el que los cumpla y los enseñe, será grande en el Reino de los cielos».



Reflexión, Mt 5, 17-19

El pasaje de hoy del santo Evangelio según el apóstol san Mateo nos invita a reflexionar sobre la disyuntiva entre la letra y el espíritu de la ley. Jesús nos dice que «no ha venido a abolir la ley, sino a darle plenitud». Nos dice que «el que cumpla (hasta los preceptos menores) y los enseñe, será grande en el Reino de los cielos». Para poder verdaderamente cumplir hasta los preceptos menores, para poder verdaderamente vivir el espíritu de la ley, debemos ir más allá de la letra. Para combatir el legalismo que reduce a lo mínimo necesario las obras de amor, usando un anacronismo, Jesús hoy nos invita a vivir el *magis* ignaciano. Debemos movernos de la ley, a la gratuidad; debemos actuar por amor, no por obligación; debemos simplemente amar.

En estos tiempos de necesidad en los que nuestro pueblo puertorriqueño ha sufrido los estragos de fenómenos naturales –huracán María, los sismos– y de malas decisiones gubernamentales del pasado –crisis política y económica–, el Evangelio nos invita a amar y servir a nuestros hermanos. Debemos hacerlo por amor: no para sentirnos bien; no porque se espera de nosotros; no porque sepamos que tenemos que hacerlo. Debemos amar porque esto es lo que nos sale del corazón.

En los últimos meses, he visto las dos dinámicas. He visto aquellos que se han limitado a hacer lo obligatorio, pero no más. Se sienten bien porque hicieron algo, aunque sea lo mínimo. Gracias a Dios, estos legalistas han sido pocos. La mayoría del pueblo ha respondido al amor. Han movido viento y marea para ayudar a sus hermanos en necesidad. Este es el Puerto Rico que queremos. Este es el Puerto Rico que necesitamos. Esto es lo que significa vivir y construir el Reino de Dios.

El cristiano no vive por obediencia a la ley, sino en obediencia al amor, a Dios y a los hermanos, a nosotros mismos y a nuestros ambientes. Amamos desde nuestra libertad. Reconociendo que es una gran tentación querer evadir el amor, escondiéndonos detrás de la ley, hoy se nos invita a usar la ley para vivir el amor. Esto es lo que significa llevar la ley a su plenitud.

Jueves 19 de marzo de 2020 Evangelio (Lc 2, 41-51)

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén para las festividades de la Pascua. Cuando el niño cumplió doce años, fueron a la fiesta, según la costumbre. Pasados aquellos días, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo supieran. Creyendo que iba en la caravana, hicieron un día de camino; entonces lo buscaron, y al no encontrarlo, regresaron a Jerusalén en su busca.

Al tercer día lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que lo oían se admiraban de su inteligencia y de sus respuestas. Al verlo, sus padres se quedaron atónitos y su madre le dijo: "Hijo mío, ¿por qué te has portado así con nosotros? Tu padre y yo te hemos estado buscando llenos de angustia". Él les respondió: "¿Por qué me andaban buscando? ¿No sabían que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?" Ellos no entendieron la respuesta que les dio. Entonces volvió con ellos a Nazaret y siguió sujeto a su autoridad.

Reflexión (Lc 2, 41-51)

El dolor de San José al perder a Jesús es un dolor callado. Mientras no dice nada, su preocupación por su hijo perdido es profunda: "¿Dónde está? ¿Se ha herido, secuestrado? ¿Lo encontraremos entre tanta gente?" Sin embargo el silencio de José no es un silencio de resignación. Es un silencio de confianza, de esperanza. Es la misma confianza de María al pie de la Cruz quien mira a la muerte en cara, a pesar de su dolor, y le dice, "Muerte, ¡tú no tienes la última palabra!" La confianza de San José se basa en su relación con el Padre, quien ha sido siempre su sustento y su guía. La esperanza surge de su confianza en su hijo, Jesús, a quien le ha enseñado cómo defenderse como un adulto. En esta Fiesta, tengamos la misma confianza y esperanza de San José. A pesar de nuestro dolor, no perdamos la confianza en un Dios que siempre nos ha acompañado y tengamos confianza en nosotros mismos, elegidos por Dios, como lo fue San José, para una misión particular e importante.



Viernes, 20 de marzo, Evangelio Mc 12, 28-34

En aquel tiempo, uno de los escribas se acercó a Jesús y le preguntó: “¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?” Jesús le respondió: “El primero es: *Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor; amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.* El segundo es éste: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.* No hay ningún mandamiento mayor que éstos”.

El escriba replicó: “Muy bien, Maestro. Tienes razón, cuando dices que el Señor es único y que no hay otro fuera de él, y amarlo con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios”.

Jesús, viendo que había hablado muy sensatamente, le dijo: “No estás lejos del Reino de Dios”. Y ya nadie se atrevió a hacerle más preguntas.



Reflexión: Mc 12, 28-34

Los eventos de Irma, María y los terremotos ocurridos en nuestra Isla sin duda alguna nos han estremecidos a todos. Algunos los consideran desastres, pero no lo son. Son manifestaciones, fenómenos naturales para mantener un balance ecológico. Los sentimos desastrosos debido a que en muchas ocasiones no estamos en sintonía con la naturaleza, esa magnífica creación de Dios. Construimos donde no debíamos, no reconocemos nuestros límites, mostramos prepotencia.

Estos eventos de la naturaleza nos han despertado, nos han estremecido... Nos han hecho ver nuestra vulnerabilidad, nos han puesto a mirar hacia el lado, a nuestros hermanos en necesidad, no sólo física sino también espiritual; y sobre todas las cosas, nos han hecho ver el amor y la misericordia de Dios a través de nuestros actos.

Hemos aprendido a cantazos que somos una sola Nación; que nos podemos levantar cuando nos damos la mano unos a otros, cuando somos solidarios; porque nuestras fuerzas vienen de lo alto... que “Todo lo podemos en Cristo que nos fortalece”. Ahí está nuestra confianza, de donde vendrá nuestro socorro.

Nuestro socorro viene del Señor que hizo los cielos y la Tierra.

Sábado 21 de marzo de 2020 Evangelio (Lc 18, 9-14)

En aquel tiempo, Jesús dijo esta parábola sobre algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás:

“Dos hombres subieron al templo para orar: uno era fariseo y el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: ‘Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos y adúlteros; tampoco soy como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todas mis ganancias’.

El publicano, en cambio, se quedó lejos y no se atrevía a levantar los ojos al cielo. Lo único que hacía era golpearse el pecho, diciendo: ‘Dios mío, apiádate de mí, que soy un pecador’.

Pues bien, yo les aseguro que éste bajó a su casa justificado y aquél no; porque todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido”.



Reflexión (Lc 18, 9-14)

"Todo el que se enaltece será humillado y todo el que se humilla será enaltecido". Con estas líneas concluye la lectura de este evangelio y son precisamente estas palabras que, siempre que leo este evangelio, me han impactado sobremanera.

En esta parábola se resaltan claramente las dos actitudes opuestas de los dos personajes que entran al templo a orar delante de Dios. De un lado tenemos al fariseo de pie, altanero, orgulloso, prepotente, autosuficiente, cerrado en sí mismo, pasando juicio sobre los demás, destacando sus virtudes, cerrado en sí mismo, despreciando a los demás, adoptando un tono de superioridad y egoísmo. Por otro lado está el publicano, de rodillas, sencillo, humilde, arrepentido de sus faltas pidiendo perdón y la misericordia de Dios, sin las altanerías del fariseo, sin comparaciones ni pasando juicio sobre los demás. Aquí vemos definitivamente la proclamación de la humildad como el fundamento de todas las virtudes. Jesús entonces claramente pronuncia su sentencia sobre la actitud soberbia del fariseo y la actitud humilde del publicano. Es por tanto la oración humilde y sincera, abierta al amor y la misericordia la que Dios escucha con beneplácito y la acepta.

Día a día, sobre todo en esta Cuaresma, se nos invita a examinarnos sobre nuestra actitud al presentarnos ante Dios en oración, reconociendo nuestra miseria y nuestra impotencia en nuestras peticiones. Sólo Dios tiene el poder para ayudarnos en nuestras necesidades y siempre debemos reconocer que somos incapaces de resolver solos nuestros problemas, necesitando siempre de Su ayuda Todopoderosa y de Su Infinita Misericordia. Sólo así, humildes y arrepentidos, seremos en todo momento escuchados y acogidos por El. Reflexionemos sobre nuestra propia vida a la luz de este evangelio: ¿Cómo es nuestra actitud al orar? ¿Se parece a la del fariseo o a la del publicano? ¿Nos presentamos orgullosos, soberbios, altaneros y despectivos como el fariseo o acudimos humildes, arrepentidos, sencillos, dispuestos a ayudar sin pasar juicio sobre los demás? ¿Con cuál de los dos te identificas más? ¿Qué vamos a decidir hacer para entrar por el camino de la humildad?

Pidamos al Señor en esta Cuaresma mucha sinceridad y mucho discernimiento para reconocer nuestras virtudes y nuestros defectos a fin de hacer una oración más efectiva y agradable a Dios. C. E. Rexach

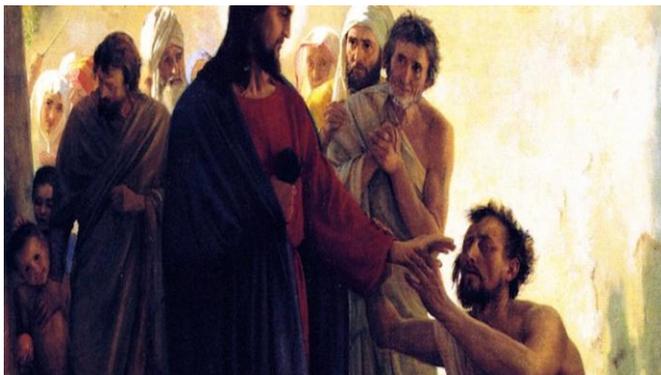
Domingo 22 de marzo de 2020 Evangelio (Jn 9, 1. 6-9. 13-17. 34-38)

En aquel tiempo, Jesús vio al pasar a un ciego de nacimiento. Escupió en el suelo, hizo lodo con la saliva, se lo puso en los ojos al ciego y le dijo: "Ve a lavarte en la piscina de Siloé" (que significa 'Enviado'). Él fue, se lavó y volvió con vista.

Entonces los vecinos y los que lo habían visto antes pidiendo limosna, preguntaban: "¿No es éste el que se sentaba a pedir limosna?" Unos decían: "Es el mismo". Otros: "No es él, sino que se le parece". Pero él decía: "Yo soy".

Llevaron entonces ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día en que Jesús hizo lodo y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaron cómo había adquirido la vista. Él les contestó: "Me puso lodo en los ojos, me lavé y veo". Algunos de los fariseos comentaban: "Ese hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado". Otros replicaban: "¿Cómo puede un pecador hacer semejantes prodigios?" Y había división entre ellos. Entonces volvieron a preguntarle al ciego: "Y tú, ¿qué piensas del que te abrió los ojos?" Él les contestó: "Que es un profeta". Le replicaron: "Tú eres puro pecado desde que naciste, ¿cómo pretendes darnos lecciones?" Y lo echaron fuera.

Supo Jesús que lo habían echado fuera, y cuando lo encontró, le dijo: "¿Crees tú en el Hijo del hombre?" Él contestó: "¿Y quién es, Señor, para que yo crea en él?" Jesús le dijo: "Ya lo has visto; el que está hablando contigo, ése es". Él dijo: "Creo, Señor". Y postrándose, lo adoró.



Reflexión: (Jn 9, 1. 6-9. 13-17. 34-38)

Éste evangelio me hace reflexionar sobre cuán peligrosa es la ceguera espiritual. Jesús en su infinita misericordia, le devuelve la vista a un ciego de nacimiento, marginado y considerado "pecador".

El orgullo, el egoísmo y la prepotencia de los fariseos hacían que encontraran fallos en las obras de Jesús. El orgullo y la envidia en sus corazones los mantenía ciegos.

Me cuestiono cuánto de esa actitud "fariséica" permanece en nuestros corazones. Cuán ciegos e indiferentes somos ante las necesidades y circunstancias que nos rodean.

Como católicos creyentes y ciudadanos comprometidos con nuestra fe y nuestro pueblo, debemos buscar ver más allá del egoísmo, los intereses personales e ideologías política partidistas. Para poder ver y reconocer a Dios, hay que llenar el corazón de perdón, de tolerancia, de amor, de acogida y de compromiso verdadero a la Iglesia y a la comunidad.

Para ver hay que tener Fe, hay que creerle a Jesús y a sus obras, dando testimonio de ello con las nuestras. Hay que mirarle alma con alma, en la oración. Sólo así podremos decir como el ciego... "Creo, Señor".

Lunes 23 de marzo de 2020 Evangelio (Jn 4, 43-54)

En aquel tiempo, Jesús salió de Samaria y se fue a Galilea. Jesús mismo había declarado que a ningún profeta se le honra en su propia patria. Cuando llegó, los galileos lo recibieron bien, porque habían visto todo lo que él había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían estado allí.

Volvió entonces a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había allí un funcionario real, que tenía un hijo enfermo en Cafarnaúm. Al oír éste que Jesús había venido de Judea a Galilea, fue a verlo y le rogó que fuera a curar a su hijo, que se estaba muriendo. Jesús le dijo: "Si no ven ustedes signos y prodigios, no creen". Pero el funcionario del rey insistió: "Señor, ven antes de que mi muchachito muera". Jesús le contestó: "Vete, tu hijo ya está sano".

Aquel hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino. Cuando iba llegando, sus criados le salieron al encuentro para decirle que su hijo ya estaba sano. Él les preguntó a qué hora había empezado la mejoría. Le contestaron: "Ayer, a la una de la tarde, se le quitó la fiebre". El padre reconoció que a esa misma hora Jesús le había dicho: 'Tu hijo ya está sano', y creyó con todos los de su casa.

Ésta fue la segunda señal milagrosa que hizo Jesús al volver de Judea a Galilea.

Reflexión: (Jn 4, 43-54)

En el evangelio de Juan, la vida está ligada al creer en la Palabra de Dios. Los conceptos de "fe" y "palabra" van siempre de la mano.

La fe es creer que el Señor, a través de Su palabra, puede cambiarnos. Cuando, a través de la oración, le pedimos ayuda para creer en Él, nos fortalece con el don de la fe. La fe hace ver lo que los ojos no ven. Cuando decimos tener fe, entramos en la paz del Señor, aún en las condiciones más desconcertantes.

Hace unos años no tenía el hábito de orar diariamente. Mi fe se tambaleaba a la menor provocación. Llegó a mi parroquia un sacerdote que se ocupó de enseñarnos a orar con la Palabra, se llama Lectio Divina. Así fue como descubrí el poder de la Palabra para fortalecer la fe. No ocurre en dos días, requiere motivación, disciplina, dedicación, práctica. Al cabo de un tiempo, he visto el resultado cada vez que me enfrento a situaciones de crisis en las que tengo que tomar decisiones drásticas.

La fe que Dios espera de nosotros es una respuesta positiva a lo que Él ha revelado en la Palabra. Dios no se ha comprometido a resolver todos nuestros problemas ni a conceder todas nuestras peticiones. Se ha comprometido a fortalecernos para enfrentar cualquier reto que la vida nos presente.



Martes 24 de marzo de 2020 Evangelio (Jn 5, 1-3ª, 5-18)

Se celebraba una fiesta de los judíos y Jesús subió a Jerusalén.

Junto a la puerta de las Ovejas, en Jerusalén, hay una piscina llamada en hebreo «Betsata», que tiene cinco pórticos. Bajo estos pórticos yacía una multitud de enfermos, ciegos, lisiados y paralíticos.

Había allí un hombre que estaba enfermo desde hacía treinta y ocho años. Al verlo tendido, y sabiendo que hacía tanto tiempo que estaba así, Jesús le preguntó: “¿Quieres sanarte?”

Él respondió: “Señor, no tengo a nadie que me sumerja en la piscina cuando el agua comienza a agitarse; mientras yo voy, otro desciende antes”. Jesús le dijo: “Levántate, toma tu camilla y camina”.

En seguida el hombre se sanó, tomó su camilla y empezó a caminar.

Era un sábado, y los judíos dijeron entonces al que acababa de ser sanado: “Es sábado. No te está permitido llevar tu camilla”. Él les respondió: “El que me sanó me dijo: «Toma tu camilla y camina»”. Ellos le preguntaron: “¿Quién es ese hombre que te dijo: ‘Toma tu camilla y camina?’” Pero el enfermo lo ignoraba, porque Jesús había desaparecido entre la multitud que estaba allí.

Después, Jesús lo encontró en el Templo y le dijo: “Has sido sanado; no vuelvas a pecar, de lo contrario te ocurrirán peores cosas todavía”.

El hombre fue a decir a los judíos que era Jesús el que lo había sanado. Ellos atacaban a Jesús, porque hacía esas cosas en sábado. les respondió: “Mi Padre trabaja siempre, y Yo también trabajo”. Pero para los judíos ésta era una razón más para matarlo, porque no sólo violaba el sábado, sino que se hacía igual a Dios, llamándolo su propio Padre.

Reflexión: (Jn 5, 1-3ª, 5-18)

Cuando comencé a ver en las noticias las escenas de casas y edificaciones derrumbadas como consecuencia de los temblores del 6 y el 7 de enero en Puerto Rico, me vinieron a la memoria escenas parecidas de Méjico después del terremoto ocurrido allí el 19 de septiembre de 1985. Uno de mis hijos vivía en Ciudad de Méjico en esos momentos.

Para esa fecha mi esposo había perdido su empleo y yo estaba pasando una piedra del riñón. Al enterarme de la noticia del sismo, lo primero que me salió decir en voz alta fue, "Dios mío ¿qué más me va a pasar?". Pero ahí reaccioné y le pedí perdón a Dios por haberle cuestionado, si siempre había recibido bendiciones de su corazón. Y lo que me vino a los labios fue "El Señor es mi Pastor y nada me falta".

Estuve repitiendo esa frase varias veces, a la vez que caminaba arriba y abajo del pasillo de la casa, hasta que sentí que una paz me bajaba de la cabeza a los pies. A pesar de que estuve más de 24 horas sin poder comunicarme con él, estuve tranquila y sentí una gran confianza de que mi hijo iba a estar bien y que nada le había ocurrido. Porque, como dicen las palabras del evangelio, "Mi Padre trabaja siempre". El permite que sucedan las cosas y aunque no lo veamos ni lo entendamos, siempre hay un propósito. Y será para nuestro bien. "Y Yo también trabajo", continúa el evangelio.

Trabajemos orando, pidiendo paz para poder enfrentarnos y resolver las situaciones dentro de lo que se puede; y poco a poco iremos viendo la luz al final del túnel. Trabajemos también dándole la mano al que tiene menos que nosotros y sigue pasando necesidad. Dios estará siempre con nosotros. Amen



Miércoles 25 de marzo de 2020 Evangelio (Lc 1,26-38)

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón de la estirpe de David, llamado José. La virgen se llamaba María.

Entró el ángel a donde ella estaba y le dijo: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo". Al oír estas palabras, ella se preocupó mucho y se preguntaba qué querría decir semejante saludo.

El ángel le dijo: "No temas, María, porque has hallado gracia ante Dios. Vas a concebir y a dar a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y él reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reinado no tendrá fin".

María le dijo entonces al ángel: "¿Cómo podrá ser esto, puesto que yo permanezco virgen?" El ángel le contestó: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso, el Santo, que va a nacer de ti, será llamado Hijo de Dios. Ahí tienes a tu parienta Isabel, que a pesar de su vejez, ha concebido un hijo y ya va en el sexto mes la que llamaban estéril, porque no hay nada imposible para Dios". María contestó: "Yo soy la esclava del Señor; cúmplase en mí lo que me has dicho". Y el ángel se retiró de su presencia.

Reflexión: (Lc 1, 26-38)

El Ángel que se presenta a María muchas veces son personas que llegan a nuestra vida, o situaciones que nos ocurren y nos obligan a detenemos a pensar y actuar. En ocasiones son circunstancias negativas que nos llevan a cambiar dramáticamente nuestro estilo de vida.

María fue confiada, creyó en el Ángel, fue valiente cuando aceptó la misión encomendada, aun sabiendo que era una prueba dura y difícil. Tener un hijo sin haber conocido hombre en una sociedad capaz de apedrearla hasta la muerte ya que nadie le creería cómo fue embarazada.

Cuando Dios nos pone a prueba nos impone una misión igual que a María. En esos momentos nos preguntamos si queremos ser parte del problema o parte de la solución, si queremos ser sombra o preferimos ser luz.

En nuestro país hemos enfrentado diversas situaciones de crisis: huracanes, terremotos, Y son momentos donde debemos tomar decisiones - podrían ser paralizarnos, lamentarnos, echar culpas y sentirnos derrotados o, por el contrario, nos dejamos caer para levantarnos con más fuerzas, recoger los pedazos para comenzar de nuevo y mirar hacia los lados a ver a quién más podemos ayudar. Cuando ayudamos a otros, nuestros problemas se minimizan y comenzamos a sanar. Por muy difícil que sea la misión, si hay vida y voluntad, podemos cumplir y tal vez superemos todo logro anterior.

NSS



Jueves 26 de marzo de 2020 Evangelio (Jn 5, 31-47)

En aquel tiempo, Jesús dijo a los judíos: “Si yo diera testimonio de mí, mi testimonio no tendría valor; otro es el que da testimonio de mí y yo bien sé que ese testimonio que da de mí es válido.

Ustedes enviaron mensajeros a Juan el Bautista y él dio testimonio de la verdad. No es que yo quiera apoyarme en el testimonio de un hombre. Si digo esto, es para que ustedes se salven. Juan era la lámpara que ardía y brillaba, y ustedes quisieron alegrarse un instante con su luz. Pero yo tengo un testimonio mejor que el de Juan: las obras que el Padre me ha concedido realizar y que son las que yo hago, dan testimonio de mí y me acreditan como enviado del Padre.

El Padre, que me envió, ha dado testimonio de mí. Ustedes nunca han escuchado su voz ni han visto su rostro; y su palabra no habita en ustedes, porque no le creen al que él ha enviado.

Ustedes estudian las Escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna; pues bien, ellas son las que dan testimonio de mí. ¡Y ustedes no quieren venir a mí para tener vida! Yo no busco la gloria que viene de los hombres; es que los conozco y sé que el amor de Dios no está en ellos. Yo he venido en nombre de mi Padre y ustedes no me han recibido. Si otro viniera en nombre propio, a ése sí lo recibirían.

¿Cómo va a ser posible que crean ustedes, que aspiran a recibir gloria los unos de los otros y no buscan la gloria que sólo viene de Dios?

No piensen que yo los voy a acusar ante el Padre; ya hay alguien que los acusa: Moisés, en quien ustedes tienen su esperanza. Si creyeran en Moisés, me creerían a mí, porque él escribió acerca de mí. Pero, si no dan fe a sus escritos, ¿cómo darán fe a mis palabras?”

Reflexión: (Jn 5, 31-57)

“Pero si ustedes no creen lo que escribió Moisés, ¿cómo van a creer lo que digo yo?” (Jn 5:47) En este evangelio Jesús habla con unos hombres que le creyeron a Juan, pero no le quieren creer a Él. Jesús trata de convencerlos diciéndoles que Él ha hecho muchas cosas, entre ellos milagros, que le encomendó su Padre. Pero no le quieren creer porque no saben quién es el Padre, no lo han visto; y Jesús les habla de que el Padre da testimonio de Él. Por último, les habla de Moisés y les dice que Moisés escribió de Él. ¿Ahora cómo van a creerle a Él que les promete vida eterna?

Obviamente, Jesús se proclamó Hijo de Dios y ellos no le creyeron. Hablaba un lenguaje muy avanzado para ellos. Este es el mismo problema que existe hoy en día. ¡La falta de fe! Creemos en la televisión, en el internet, en las novelas, etc. ¡Pero no le creemos a Dios Padre que creó el mundo! Lo damos todo por sentado, por ejemplo, ¿Quién creó los bebés en el vientre de su madre? ¿Quién les dio aliento? ¿Quién mantiene el sol en su sitio y quién hace que el tiempo no cambie? Y podemos seguir... ¿Quién hizo que Su hijo creciera en el vientre de una virgen, la Virgen María? ¡El Padre!!! Hay que creer y hay que demostrar a los demás que lo que importa es el AMOR. Que uno tiene que perdonar y amar al prójimo como nos ama Dios.

¿Qué puedo hacer? Rezar, rezar, rezar como nos pide Su Madre, la Virgen María, y ¡no perder la esperanza!!! ¡Tener fe en Jesús y en su **Padre** Todopoderoso! Y en el Espíritu Santo que nos lo dejó Jesús cuando se iba a ir al cielo. Porque al final de la vida, lo que importa es lo que hicimos por los demás. Amén. VTM



Viernes, 27 de marzo, Evangelio Jn 7, 1-2, 10, 25-30

En aquel tiempo, Jesús recorría Galilea, pues no quería andar por Judea, porque los judíos trataban de matarlo. Se acercaba ya la fiesta de los judíos, llamada de los Campamentos.

Cuando los parientes de Jesús habían llegado ya a Jerusalén para la fiesta, llegó también él, pero sin que la gente se diera cuenta, como de incógnito. Algunos, que eran de Jerusalén, se decían: “¿No es éste al que quieren matar? Miren cómo habla libremente y no le dicen nada. ¿Será que los jefes se han convencido de que es el Mesías? Pero nosotros sabemos de dónde viene éste; en cambio, cuando llegue el Mesías, nadie sabrá de dónde viene”.

Jesús, por su parte, mientras enseñaba en el templo, exclamó: “Con que me conocen a mí y saben de dónde vengo... Pues bien, yo no vengo por mi cuenta, sino enviado por el que es veraz; y a él ustedes no lo conocen. Pero yo sí lo conozco, porque procedo de él y él me ha enviado”. Trataron entonces de capturarlo, pero nadie le pudo echar mano, porque todavía no había llegado su hora,



Reflexión Jn 7, 1-2, 10, 25-30

En los últimos años todos hemos vivido situaciones, tanto a nivel colectivo como personal, que han puesto a prueba nuestra estabilidad física, emocional y espiritual. Situaciones en las que hemos estado vulnerables, de un modo u otro, en mayor o menor grado. Momentos en los que nuestra fe se prueba y crecemos como cristianos. Momentos que nos cambian y reconocemos que la Palabra de Dios es nuestra fortaleza y la oración, nuestra fuente de esperanza.

Si tomamos el Evangelio de hoy nos podemos preguntar: ¿quién es Jesús? Y ¿cómo podemos reconocerlo en medio de la situación y la realidad que vive nuestro país actualmente? Luego de meditar, orar y entrar en ese lugar especial donde todo es paz y estamos en comunión con nuestro Creador... la respuesta a ambas preguntas es simple, Jesús es el AMOR de Dios Padre, quien lo envía a nosotros hoy. Jesús conoce al Padre, y para que nosotros también le conozcamos se hace uno contigo y conmigo en nuestro dolor. Jesús, el enviado, llega de incógnito, sin hacer alarde, sin titulares ni medios noticiosos. Jesús VIVE y el Espíritu Santo obra a través de cada hermano que lleva amor, consuelo y paz.

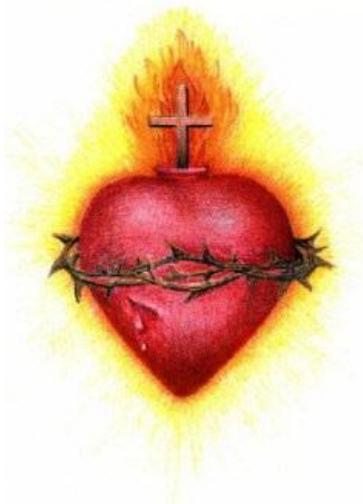
Jesús se parte y reparte en cada suministro que llega al necesitado. Jesús está presente en cada cuidado y atención que brindan los profesionales de la salud. Jesús está actuando en todo el que ora y obra con caridad. Que el Señor nos ayude a que, apoyados en nuestra fe fortalecida, todos unidos como hijos de Dios, hagamos su voluntad, acojamos la Palabra y, en oración constante, logremos un bien común, un bien mayor para nuestro país y para las generaciones futuras. AVS

Sábado, 28 de marzo de 2020, Evangelio Jn 7, 40-53

En aquel tiempo, algunos de los que habían escuchado a Jesús comenzaron a decir: “Éste es verdaderamente el profeta”. Otros afirmaban: “Éste es el Mesías”. Otros, en cambio, decían: “¿Acaso el Mesías va a venir de Galilea? ¿No dice la Escritura que el Mesías vendrá de la familia de David, y de Belén, el pueblo de David?” Así surgió entre la gente una división por causa de Jesús. Algunos querían apoderarse de él, pero nadie le puso la mano encima.

Los guardias del templo, que habían sido enviados para apresar a Jesús, volvieron a donde estaban los sumos sacerdotes y los fariseos, y éstos les dijeron: “¿Por qué no lo han traído?” Ellos respondieron: “Nadie ha hablado nunca como ese hombre”. Los fariseos les replicaron: “¿Acaso también ustedes se han dejado embaucar por él? ¿Acaso ha creído en él alguno de los jefes o de los fariseos? La chusma ésa, que no entiende la ley, está maldita”.

Nicodemo, aquel que había ido en otro tiempo a ver a Jesús, y que era fariseo, les dijo: “¿Acaso nuestra ley condena a un hombre sin oírlo primero y sin averiguar lo que ha hecho?” Ellos le replicaron: “¿También tú eres galileo? Estudia las Escrituras y verás que de Galilea no ha salido ningún profeta”. Y después de esto, cada uno de ellos se fue a su propia casa.



Reflexión, Jn. 7, 40-53

Hoy la Palabra nos habla sobre la discrepancia de opiniones que existía entre la gente sobre el origen de Jesús...

Pero hay un dato aquí muy importante que resalta en mi vida de fe y es que aquellos que escucharon hablar a Jesús, reconocieron en él algo diferente y de gran profundidad que los estremeció y los marcó. Varios de los que lo escucharon decían: “Realmente este hombre es el Profeta.” Otros afirmaban también: “Es el Cristo.” Los guardias que lo iban a arrestar y lo escucharon decían que: “Nunca un hombre ha hablado como éste.” Estos fueron inundados por la luz de Cristo mientras los primeros andaban en la oscuridad. Y todo se dio en la escucha...

Jesús está continuamente hablándole a mi corazón a través de su Palabra. Es Él el que me habla en la realidad que estoy viviendo, en lo que siento y padezco. Él no está enajenado de mis circunstancias. Por eso, debo escucharlo atentamente para andar en la luz, sin turbación; y sobre todo, tiene mil y unas maneras de hablarme, ya sea a través de los hermanos que me rodean, del que viene a ayudarme, en la naturaleza, en el silencio de mi corazón, en mi oración... ¡Aún de noche me instruye!

¿Qué tienen las palabras de Jesús que calan hasta el tuétano? Son palabras llenas de amor, misericordia, comprensión, ternura, mansedumbre, veracidad... perdón. ¡Él es así! Por eso, no tengo duda de que siempre, siempre me escucha...

Tengo la certeza de que en todas las emergencias de la vida y en cualquier circunstancia, Él está conmigo. Él es más que yo misma. Me lo ha repetido innumerables veces: ¡No tengas miedo! ¡Yo estoy contigo! Ábrele tu corazón y dile: ¡Habla, Señor, que tu sierva escucha! Él te inundará de su paz y caminarás en la luz de su mano.

Domingo 29 de marzo, Evangelio Jn 11, 3-7. 17. 20-27. 33b-45

En aquel tiempo, Marta y María, las dos hermanas de Lázaro, le mandaron decir a Jesús: “Señor, el amigo a quien tanto quieres está enfermo”. Al oír esto, Jesús dijo: “Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella”.

Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Sin embargo, cuando se enteró de que Lázaro estaba enfermo, se detuvo dos días más en el lugar en que se hallaba. Después dijo a sus discípulos: “Vayamos otra vez a Judea”.

Cuando llegó Jesús, Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Apenas oyó Marta que Jesús llegaba, salió a su encuentro; pero María se quedó en casa. Le dijo Marta a Jesús: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aun ahora estoy segura de que Dios te concederá cuanto le pidas”.

Jesús le dijo: “Tu hermano resucitará”. Marta respondió: “Ya sé que resucitará en la resurrección del último día”. Jesús le dijo: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo aquel que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto?” Ella le contestó: “Sí, Señor. Creo firmemente que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo”.

Jesús se conmovió hasta lo más hondo y preguntó: “¿Dónde lo han puesto?” Le contestaron: “Ven, Señor, y lo verás”. Jesús se puso a llorar y los judíos comentaban: “De veras ¡cuánto lo amaba!” Algunos decían: “¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego de nacimiento, hacer que Lázaro no muriera?”

Jesús, profundamente conmovido todavía, se detuvo ante el sepulcro, que era una cueva, sellada con una losa. Entonces dijo Jesús: “Quiten la losa”. Pero Marta, la hermana del que había muerto, le replicó: “Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días”. Le dijo Jesús: “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?” Entonces quitaron la piedra.

Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: “Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo ya sabía que tú siempre me escuchas; pero lo he dicho a causa de esta muchedumbre que me rodea, para que crean que tú me has enviado”. Luego gritó con voz potente: “¡Lázaro, sal de allí!” Y salió el muerto, atados con vendas las manos y los pies, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: “Desátenlo, para que pueda andar”.

Muchos de los judíos que habían ido a casa de Marta y María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

Reflexión Jn 11, 3-7. 17. 20-27. 33b-45

En este evangelio, San Juan nos relata cuando Jesús revive a Lázaro, su gran amigo. Esta lectura también nos lleva a examinar las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y el amor. En tres ocasiones se menciona cuánto Jesús amaba, no sólo a Lázaro, sino a Marta y a María. Pero cuando le avisan que Lázaro está enfermo, Jesús no se da prisa, sino que tarda dos días en acudir. Al llegar, frente a la tumba, Jesús llora amargamente la muerte del amigo. Lo amaba incondicionalmente. Pero, ¿por qué entonces se demoró? Porque el tiempo de Dios es distinto al de nosotros y era necesario que el Hijo de Dios manifestara su gloria, para que otros creyeran.

Al llegar Jesús, Marta le afirma su esperanza; sabe que Lázaro, al igual que todos los justos, resucitará el último día. Sin embargo, Jesús va más allá: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá; y todo aquel que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre.” Esta promesa es para todos nosotros y nosotras. CC



Lunes 30 de marzo, Evangelio Jn 8, 1-11

En aquel tiempo, Jesús se retiró al monte de los Olivos y al amanecer se presentó de nuevo en el templo, donde la multitud se le acercaba; y él, sentado entre ellos, les enseñaba.

Entonces los escribas y fariseos le llevaron a una mujer sorprendida en adulterio, y poniéndola frente a él, le dijeron: “Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés nos manda en la ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú qué dices?”

Le preguntaban esto para ponerle una trampa y poder acusarlo. Pero Jesús se agachó y se puso a escribir en el suelo con el dedo. Como insistían en su pregunta, se incorporó y les dijo: “Aquel de ustedes que no tenga pecado, que le tire la primera piedra”. Se volvió a agachar y siguió escribiendo en el suelo.

Al oír aquellas palabras, los acusadores comenzaron a escabullirse uno tras otro, empezando por los más viejos, hasta que dejaron solos a Jesús y a la mujer, que estaba de pie, junto a él.

Entonces Jesús se enderezó y le preguntó: “Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Nadie te ha condenado?” Ella le contestó: “Nadie, Señor”. Y Jesús le dijo: “Tampoco yo te condeno. Vete y ya no vuelvas a pecar”.



Reflexión Jn 8, 1-11

Lo interrumpen los escribas y fariseos... Traen una distracción malintencionada con la que intentan tenderle una trampa y descarrilarlo de su misión. Son los grandes acusadores del prójimo, que señalan públicamente los defectos ajenos y condenan vociferando para imponer su punto de vista, a la fuerza, sin mirar ni ponderar el alcance de sus propias acciones. En medio del alboroto, Jesús mantiene su serenidad. No permite que la algarabía lo desenfoque de su mensaje de amor. Ante la insistencia de los que condenan, Jesús resuelve la controversia invitándolos a analizar sus propias acciones antes de condenar las del prójimo. Como resultado, se escabullen los acusadores quedando solamente la acusada.

Me llama la atención que el Evangelio indica que la mujer “estaba de pie, junto a Él”. El veredicto de Jesús es no condenarla. La invita a no pecar más. Le ofrece la oportunidad de rehacer su vida. Le devuelve la dignidad.

Ante las circunstancias que estamos viviendo como país, necesito imitar a Jesús: retirarme a orar para luego ubicarme en comunión con los hermanos que sufren. No puedo permitir que algunos sucesos negativos, acusaciones y condenas descarrilen esta misión. Muchas voces acusatorias han tratado de desvirtuar el esfuerzo de nuestro pueblo por solidariamente ponerse en pie. Ante esto, Jesús nos invita a una introspección dirigida a reconocer humildemente nuestros propios errores; a abandonar las acusaciones y condenas que no abonan a la solución, sino que nos sacan de foco y destruyen nuestra fibra espiritual. El llamado es a mantenernos “de pie, junto a Él”. Solo así recibiremos la oportunidad de rehacer nuestra vida y recuperar nuestra dignidad como pueblo.

Martes, 31 de marzo, Evangelio Jn 8, 21-30

En aquel tiempo, Jesús dijo a los judíos: “Yo me voy y ustedes me buscarán, pero morirán en su pecado. A donde yo voy, ustedes no pueden venir”. Dijeron entonces los judíos: “¿Estará pensando en suicidarse y por eso nos dice: ‘A donde yo voy, ustedes no pueden venir?’” Pero Jesús añadió: “Ustedes son de aquí abajo y yo soy de allá arriba; ustedes son de este mundo, yo no soy de este mundo. Se lo acabo de decir: morirán en sus pecados, porque si no creen que Yo Soy, morirán en sus pecados”.

Los judíos le preguntaron: “Entonces ¿quién eres tú?” Jesús les respondió: “Precisamente eso que les estoy diciendo. Mucho es lo que tengo que decir de ustedes y mucho que condenar. El que me ha enviado es veraz y lo que yo le he oído decir a él es lo que digo al mundo”. Ellos no comprendieron que hablaba del Padre.

Jesús prosiguió: “Cuando hayan levantado al Hijo del hombre, entonces conocerán que Yo Soy y que no hago nada por mi cuenta; lo que el Padre me enseñó, eso digo. El que me envió está conmigo y no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que a él le agrada”. Después de decir estas palabras, muchos creyeron en él.



Reflexión Jn 8, 21-30

Hace unos meses perdí a mi cuñada por causa del cáncer. Ambas estuvimos preparando las bodas de nuestras hijas a la misma vez. Yo no entendía como ella tenía la misma sonrisa que yo acompañando a nuestras nenas a comprar sus trajes; ella en sillón de ruedas y yo en tacones altos; ella sabiendo que no llegaría a la boda y yo haciendo cuentas para ver cómo se pagaría todo.

Preparando su misa exequial, mi hermano me pidió que incluyera el Salmo 91 que era su favorito y entonces lo entendí todo: “Mi amparo es el Señor.” Mi cuñada siempre estuvo amparada por Dios. Jamás cuestionó su destino y mucho menos Su Voluntad. Ella no rezaba por una cura, sino por mantenerse fiel a la voluntad de Dios.

En el evangelio de hoy Jesús declara lo mismo: “El que me envió está conmigo y no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que a Él le agrada.” Dios siempre estuvo con ella y ahora ella está con Él.

Hoy se casa su hija y la mía en 21 días. Acompañenme en oración a bendecir estos nuevos matrimonios, para que al igual que ella siempre estuvo en su voluntad, ellos se mantengan siempre fieles a la voluntad de Dios y sientan su amparo en todo momento.

En estos días de desasosiego una sola cosa nos ha de mantener firmes y en paz, nuestra confianza en Dios y en Su Palabra: **ÉI NO NOS DEJA SOLOS.**

IFT

Miércoles, 1ro de abril, Evangelio Jn 8, 31-42

En aquel tiempo, Jesús dijo a los que habían creído en él: “Si se mantienen fieles a mi palabra, serán verdaderamente discípulos míos, conocerán la verdad y la verdad los hará libres”. Ellos replicaron: “Somos hijos de Abraham y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: ‘Serán libres’?”

Jesús les contestó: “Yo les aseguro que todo el que peca es un esclavo del pecado y el esclavo no se queda en la casa para siempre; el hijo sí se queda para siempre. Si el Hijo les da la libertad, serán realmente libres. Ya sé que son hijos de Abraham; sin embargo, tratan de matarme, porque no aceptan mis palabras. Yo hablo de lo que he visto en casa de mi Padre: ustedes hacen lo que han oído en casa de su padre”.

Ellos le respondieron: “Nuestro padre es Abraham”. Jesús les dijo: “Si fueran hijos de Abraham, harían las obras de Abraham. Pero tratan de matarme a mí, porque les he dicho la verdad que oí de Dios. Eso no lo hizo Abraham. Ustedes hacen las obras de su padre”. Le respondieron: “Nosotros no somos hijos de prostitución. No tenemos más padre que a Dios”.

Jesús les dijo entonces: “Si Dios fuera su Padre me amarían a mí, porque yo salí de Dios y vengo de Dios; no he venido por mi cuenta, sino enviado por él”.

Reflexión Jn 8, 31-42

Jesús nos habla de ser libres (poder actuar según nuestros valores, razón y voluntad) como lo opuesto a ser esclavos. Si fuéramos esclavos de “alguien”, tal vez nos podríamos alejar de esa persona y así sentirnos libres.

Pero cuando aquello que nos esclaviza lo llevamos dentro de nosotros, es más difícil lograr esa libertad. Por ejemplo, si vivimos momentos de incertidumbre, ya sea por un diagnóstico de una enfermedad grave o causados por desastres de la naturaleza, que están fuera de nuestro control, podemos ser esclavos del miedo, de la frustración y de la negatividad. Esos sentimientos nos pueden arropar, paralizar y hacernos perder la confianza en Dios; y la confianza va de la mano de la libertad.

Si confío que Dios está a mi lado, que Él sabe lo que estoy pasando y que Él sólo quiere lo mejor para mí, seré libre de verdad. Por lo tanto, hagamos lo que Jesús nos pide. Acojamos Su palabra que nos hace libres y nos da vida. Digamos: “Señor Jesús, líbrame de los temores y sentimientos negativos de los que soy esclavo, para que pueda adorarte y alabarte todos los días de mi vida”.



Jueves, 2 de abril, Evangelio Jn 8, 51-59

En aquel tiempo, Jesús dijo a los judíos: “Yo les aseguro: el que es fiel a mis palabras no morirá para siempre”.

Los judíos le dijeron: “Ahora ya no nos cabe duda de que estás endemoniado. Porque Abraham murió y los profetas también murieron, y tú dices: ‘El que es fiel a mis palabras no morirá para siempre’. ¿Acaso eres tú más que nuestro padre Abraham, el cual murió? Los profetas también murieron. ¿Quién pretendes ser tú?”

Contestó Jesús: “Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada. El que me glorifica es mi Padre, aquel de quien ustedes dicen: ‘Es nuestro Dios’, aunque no lo conocen. Yo, en cambio, sí lo conozco; y si dijera que no lo conozco, sería tan mentiroso como ustedes. Pero yo lo conozco y soy fiel a su palabra. Abraham, el padre de ustedes, se regocijaba con el pensamiento de verme; me vio y se alegró por ello”.

Los judíos le replicaron: “No tienes ni cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?” Les respondió Jesús: “Yo les aseguro que desde antes que naciera Abraham, Yo Soy”.

Entonces recogieron piedras para arrojárselas, pero Jesús se ocultó y salió del templo.

Reflexión Jn 8, 51-59

El texto bíblico de hoy me lleva a reflexionar si realmente conozco a Dios o si digo como los judíos, “Es nuestro Dios” sólo con la boca y no con el corazón.

Estamos viviendo días en donde todo lo que está pasando a nuestro alrededor nos agobia y nos produce temor, miedo, ansiedad y angustia. Ante este panorama desalentador, debemos hacer un alto y preguntarnos: ¿Estoy sacando tiempo, dentro de mi afán diario, para estar con Dios? ¿para acercarme más a Él? o ¿sigo lamentándome y pensando en que todo está perdido?

Nuestra esperanza debe de estar puesta en Jesucristo, nuestro Señor, quien venció la muerte para la Gloria de Dios Padre. Reflexionemos sobre cómo está nuestra relación con Dios. Debemos aprovechar estos acontecimientos que pasan a nuestro alrededor para acercarnos más a Él, para conocer Su palabra, meditarla en oración y buscar lo que Dios quiere de nosotros. Hagamos un compromiso serio de oración para fortalecer nuestra vida espiritual. Es momento de cultivar esa intimidad con el Señor, dejarlo que nos toque el corazón. Búscalo de corazón, no de boca, acércate a Dios y llénate de su Presencia. Permítele que libere la batalla por ti. No habrá derrotas para el que se ponga en las manos del Señor, ni nada que le perturbe. MR



Viernes, 3 de abril, Evangelio Jn10, 31-42

En aquel tiempo, cuando Jesús terminó de hablar, los judíos cogieron piedras para apedrearlo. Jesús les dijo: “He realizado ante ustedes muchas obras buenas de parte del Padre, ¿por cuál de ellas me quieren apedrear?”

Le contestaron los judíos: “No te queremos apedrear por ninguna obra buena, sino por blasfemo, porque tú, no siendo más que un hombre, pretendes ser Dios”. Jesús les replicó: “¿No está escrito en su ley: Yo les he dicho: ¿Ustedes son dioses? Ahora bien, si ahí se llama dioses a quienes fue dirigida la palabra de Dios (y la Escritura no puede equivocarse), ¿cómo es que a mí, a quien el Padre consagró y envió al mundo, me llaman blasfemo porque he dicho: ‘Soy Hijo de Dios’? Si no hago las obras de mi Padre, no me crean. Pero si las hago, aunque no me crean a mí, crean a las obras, para que puedan comprender que el Padre está en mí y yo en el Padre”. Trataron entonces de apoderarse de él, pero se les escapó de las manos.

Luego regresó Jesús al otro lado del Jordán, al lugar donde Juan había bautizado en un principio y se quedó allí. Muchos acudieron a él y decían: “Juan no hizo ningún signo; pero todo lo que Juan decía de éste, era verdad”. Y muchos creyeron en él allí.



Reflexión Jn 10, 31-42

Reflexionando sobre este Evangelio, he podido comprender cuán cierta es la expresión de Jesús cuando exclama: “Si no me creen a mí, crean en mis obras”. Recientemente hemos podido ver la grandeza de sus obras, cuando a pesar de las terribles dificultades por las que está atravesando nuestra isla, sus grandes obras se han dejado sentir.

Muchas personas tienden a pensar que los desastres atmosféricos, movimientos telúricos, vaivenes políticos y dificultades de toda índole, son castigos de Dios. Sin embargo, yo creo firmemente que Dios no envía esas desgracias, pero sí las permite. Por medio de ellas, podemos obtener un gran bien que nos ayuda en nuestro crecimiento espiritual. Ejemplo de esto, es cómo Dios ha tocado el corazón de diferentes personas, que aún sin ser creyentes se han sentido llamados a servir y a dar de lo poco que tienen para mitigar en parte el dolor y la necesidad de todos los que se han visto afectados por las situaciones que han estremecido al país.

Cuando nos dejamos tocar por Dios, Él logra transformar nuestras vidas. A pesar del sufrimiento y del dolor que se pueda estar viviendo, el amor y la misericordia de Dios logra transformar los corazones más incrédulos. Es de este modo que podemos comprender la grandeza de las obras de Dios y cómo de un mal, Él logra para nosotros un mayor bien.

En mi vida personal he podido comprobar este gran misterio. A pesar de grandes enfermedades, inclusive el reciente fallecimiento de mi esposo, Dios nunca me ha abandonado y ha fortalecido grandemente mi fe. Creo fielmente que todas sus obras son para nuestro bien. Con cada sufrimiento y dolor, Él logra aumentar en nosotros la fe y la fortaleza espiritual; dones del espíritu, que un día nos abrirán las puertas del cielo para disfrutar de la vida eterna que con su pasión, muerte y resurrección alcanzó para mí, y para toda la humanidad. ICF

Sábado, 4 de abril, Evangelio Jn 11, 45-56

En aquel tiempo, muchos de los judíos que habían ido a casa de Marta y María, al ver que Jesús había resucitado a Lázaro, creyeron en él. Pero algunos de entre ellos fueron a ver a los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús.

Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron al sanedrín y decían: “¿Qué será bueno hacer? Ese hombre está haciendo muchos prodigios. Si lo dejamos seguir así, todos van a creer en él, van a venir los romanos y destruirán nuestro templo y nuestra nación”.

Pero uno de ellos, llamado Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: “Ustedes no saben nada. No comprenden que conviene que un solo hombre muera por el pueblo y no que toda la nación perezca”. Sin embargo, esto no lo dijo por sí mismo, sino que, siendo sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús iba a morir por la nación, y no sólo por la nación, sino también para congregar en la unidad a los hijos de Dios, que estaban dispersos. Por lo tanto, desde aquel día tomaron la decisión de matarlo.

Por esta razón, Jesús ya no andaba públicamente entre los judíos, sino que se retiró a la ciudad de Efraín, en la región contigua al desierto y allí se quedó con sus discípulos.

Se acercaba la Pascua de los judíos y muchos de las regiones circunvecinas llegaron a Jerusalén antes de la Pascua, para purificarse. Buscaban a Jesús en el templo y se decían unos a otros: “¿Qué pasará? ¿No irá a venir para la fiesta?”



Reflexión Jn 11, 45-56

Hoy día vivimos con frecuencia tiempos de angustia personal y comunitaria. Debemos reflexionar sobre nuestra reacción y decisiones ante aquello que hoy nos produce dolor o ansiedad. Puede ser un quebranto de salud propio o de alguien que nos rodea. Pudiera ser pérdida de estabilidad material (empleo, casa) o emocional.

Ante estas situaciones, Jesús siempre está disponible para obrar en nuestras vidas. Su obra impacta a quien socorre y la vida de aquellos que le rodean. ¿Decidimos creer en Él cada vez que Jesús obra? o ¿recurrimos a argumentos de incredulidad para evitar que continúe haciendo Su trabajo transformador? ¿Cuáles son mis pretextos para evitar que Jesús continúe Su trabajo en mí y en los que me rodean? Actuamos como fariseos cuando utilizamos excusas que nos satisfacen para negar la ayuda al que necesita tiempo, oración, comida; cuando callamos o negamos la responsabilidad de participar en procesos de cambio, aceptando así las injusticias sociales, producto del sistema donde vivimos.

Por otro lado, Jesús, ante la intención de sumos sacerdotes y fariseos, se retira con sus discípulos a pueblos circundantes de la región. Jesús nos da espacio ante nuestras decisiones, pero cerca. No elige estar solo, sino en compañía de sus discípulos. Nuestras acciones y oraciones por aquellos que necesitan es una forma de ser el discípulo que acompaña a Jesús cuando se retira, pero permanece cerca. Jesús espera el momento justo para entrar en la vida de quienes en un principio rechazan Su obra. Cuando la espera se hace en comunidad, la llegada de Jesús es triunfal. AG

Domingo, 5 de abril, Domingo de Ramos, Evangelio Mt 21, 1-11

Cuando se aproximaban ya a Jerusalén, al llegar a Betfagé, junto al monte de los Olivos, envió Jesús a dos de sus discípulos, diciéndoles: “Vayan al pueblo que ven allí enfrente; al entrar, encontrarán amarrada una burra y un burrito con ella; desátenlos y tráiganmelos. Si alguien les pregunta algo, díganle que el Señor los necesita y enseguida los devolverá”.

Esto sucedió para que se cumplieran las palabras del profeta: Díganle a la hija de Sión: He aquí que tu rey viene a ti, apacible y montado en un burro, en un burrito, hijo de animal de yugo.

Fueron, pues, los discípulos e hicieron lo que Jesús les había encargado y trajeron consigo la burra y el burrito. Luego pusieron sobre ellos sus mantos y Jesús se sentó encima. La gente, muy numerosa, extendía sus mantos por el camino; algunos cortaban ramas de los árboles y las tendían a su paso. Los que iban delante de él y los que lo seguían gritaban:

Al entrar Jesús en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió. Unos decían: “¿Quién es éste?” Y la gente respondía: “Éste es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea”.



Reflexión Mt 21, 1-11

Hoy se marca el comienzo de la Semana Santa. En este día se recuerda a Jesucristo cuando realizó la entrada triunfal a Jerusalén. Entró montado en un asno y fue aclamado como rey por sus seguidores quienes extendieron mantos y ramos de olivo y de palma a su paso. Gritaban “Bendito el que viene en nombre del Señor, Hosanna en las alturas” El gesto humilde de Jesús de entrar a Jerusalén montado en un asno revela que su mesianismo no seguirá los esquemas del poder y la gloria. La gente reconoce que es un profeta, pero las autoridades de la ciudad acogen esta manifestación con recelo y turbación. Por esto el pueblo, luego pidió su crucifixión. Jesús aceptó libremente su misión con todas sus consecuencias para conquistar para nosotros la salvación. Con su entrega establece el reinado del amor. Es un rey de la paz, de la sencillez y del servicio. No hay amor más grande que aquel que da la vida por sus hermanos.

La entrega total de Jesús por nosotros restablece el diálogo y comunicación de esta humanidad con Dios Padre y nos hace hijos e hijas de Dios muy queridos. Su ejemplo nos llama a una vida de compromiso donde nuestro testimonio sea signo de fidelidad al Evangelio. Nos invita a asumir nuestra misión con plena confianza en Dios. No podemos olvidar que este camino es de cruz y resurrección, pero acompañado siempre con la fuerza del Espíritu Santo.

Lunes, 6 de abril, Evangelio Jn 12, 1-11

Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María tomó entonces una libra de perfume de nardo auténtico, muy costoso, le ungió a Jesús los pies con él y se los enjugó con su cabellera, y la casa se llenó con la fragancia del perfume.

Entonces Judas Iscariote, uno de los discípulos, el que iba a entregar a Jesús, exclamó: “¿Por qué no se ha vendido ese perfume en trescientos denarios para dárselos a los pobres?” Esto lo dijo, no porque le importaran los pobres, sino porque era ladrón, y como tenía a su cargo la bolsa, robaba lo que echaban en ella.

Entonces dijo Jesús: “Déjala. Esto lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque a los pobres los tendrán siempre con ustedes, pero a mí no siempre me tendrán”.

Mientras tanto, la multitud de judíos, que se enteró de que Jesús estaba allí, acudió, no sólo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, a quien el Señor había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes deliberaban para matar a Lázaro, porque a causa de él, muchos judíos se separaban y creían en Jesús.

Reflexión Jn 12, 1-11

Jesús aceptó la invitación a cenar en la casa de Lázaro, Marta y María.

Reflexionando este evangelio, recuerdo que Jesús se hizo presente en la figura de mi hermano enfermo, quien residía en Estados Unidos. Compartí con él el día de mi cumpleaños, en septiembre y luego en diciembre. Fueron días de compartir en familia y de celebrar juntos la Navidad. Él sabía que tenía cáncer, pero nosotros no. Ahora comprendemos que él quería despedirse de su familia. Murió 23 días después de visitarnos. Tuvimos la oportunidad de acurrucarlo, amarlo y atenderle durante su estadía en Puerto Rico. El amor y la misericordia de Dios estuvo siempre presente.

Así como María le ungió los pies a Jesús con el perfume; del mismo modo nosotros, como familia, le unguimos con nuestro amor incondicional.

Gracias, Señor, por tu presencia, gracia y misericordia para toda nuestra familia.



Martes, 7 de abril, Evangelio Jn 13, 21-33, 36-38

En aquel tiempo, cuando Jesús estaba a la mesa con sus discípulos, se conmovió profundamente y declaró: “Yo les aseguro que uno de ustedes me va a entregar”. Los discípulos se miraron perplejos unos a otros, porque no sabían de quién hablaba. Uno de ellos, al que Jesús tanto amaba, se hallaba reclinado a su derecha. Simón Pedro le hizo una seña y le preguntó: “¿De quién lo dice?” Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: “Señor, ¿quién es?” Le contestó Jesús: “Aquel a quien yo le dé este trozo de pan, que voy a mojar”. Mojó el pan y se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote; y tras el bocado, entró en él Satanás.

Jesús le dijo entonces a Judas: “Lo que tienes que hacer, hazlo pronto”. Pero ninguno de los comensales entendió a qué se refería; algunos supusieron que, como Judas tenía a su cargo la bolsa, Jesús le había encomendado comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas, después de tomar el bocado, salió inmediatamente. Era de noche.

Una vez que Judas se fue, Jesús dijo: “Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre y Dios ha sido glorificado en él. Si Dios ha sido glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo y pronto lo glorificará.

Hijitos, todavía estaré un poco con ustedes. Me buscarán, pero como les dije a los judíos, así se lo digo a ustedes ahora: ‘A donde yo voy, ustedes no pueden ir’”. Simón Pedro le dijo: “Señor, ¿a dónde vas?” Jesús le respondió: “A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; me seguirás más tarde”. Pedro replicó: “Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré mi vida por ti”. Jesús le contestó: “¿Conque darás tu vida por mí? Yo te aseguro que no cantaré el gallo, antes de que me hayas negado tres veces”.

Reflexión Jn 13, 21-33, 36-38

Esta reflexión une de la forma más sucinta lo que hemos vivido en los últimos dos años y medio.

Por un lado, el negar la realidad de que pudiéramos ser víctimas de un desastre natural como un huracán categoría 5 y por otro lado, el saber que era inminente el azote... queríamos que pasara rápido. Apenas dos años después nos encontramos enfrentando lo inimaginable: la tierra tembló. Quedó al descubierto nuestra vulnerabilidad, nuestro miedo de no saber cuándo, dónde y a qué hora puede suceder y cuando va a terminar.

Es la agonía de lo desconocido. Pero en estos momentos ¿qué hacemos? ¿Negamos nuestra Fe en Cristo cuestionándonos el porqué de la catástrofe o es en esos momentos cuando lo único que tenemos para mantenernos en pie es la FE?

Jesús le pidió al Padre que lo librara del sufrimiento que iba a soportar; pero inmediatamente le dijo que no fuese su voluntad sino la de su Padre. ESA ES LA FE. Dios nos abraza siempre y nunca nos abandona, aunque uno mismo no se abandone a su voluntad.

Abandonémonos a nuestra FE.

MDM

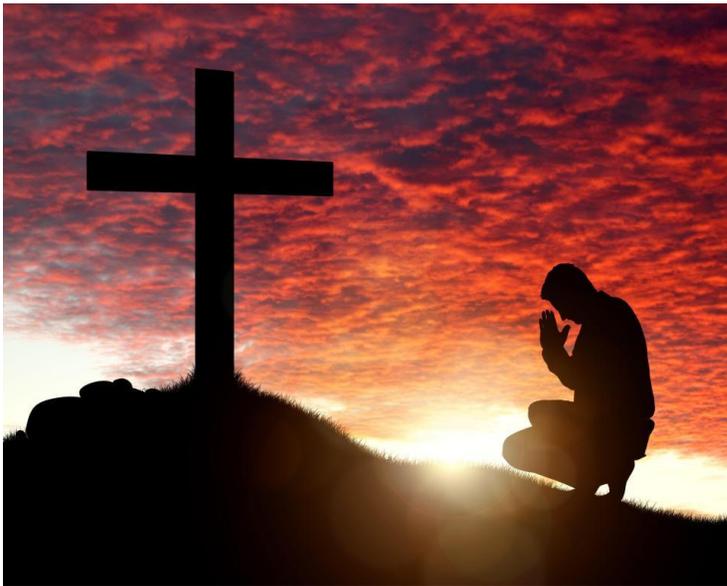


Miércoles, 8 de abril, Evangelio Mt 26, 14-25

En aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a ver a los sumos sacerdotes y les dijo: “¿Cuánto me dan si les entrego a Jesús?” Ellos quedaron en darle treinta monedas de plata. Y desde ese momento andaba buscando una oportunidad para entregárselo.

El primer día de la fiesta de los panes Ázimos, los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron: “¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?” Él respondió: “Vayan a la ciudad, a casa de fulano y díganle: ‘El Maestro dice: Mi hora está ya cerca. Voy a celebrar la Pascua con mis discípulos en tu casa’ ”. Ellos hicieron lo que Jesús les había ordenado y prepararon la cena de Pascua.

Al atardecer, se sentó a la mesa con los Doce, y mientras cenaban, les dijo: “Yo les aseguro que uno de ustedes va a entregarme”. Ellos se pusieron muy tristes y comenzaron a preguntarle uno por uno: “¿Acaso soy yo, Señor?” Él respondió: “El que moja su pan en el mismo plato que yo, ése va a entregarme. Porque el Hijo del hombre va a morir, como está escrito de él; pero ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre va a ser entregado! Más le valiera a ese hombre no haber nacido”. Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: “¿Acaso soy yo, Maestro?” Jesús le respondió: “Tú lo has dicho”.



Reflexión Mt 26, 14-25

Este evangelio nos permite ver a Judas como un hombre egoísta, infiel, un hombre con falta de fe; le gusta aprovechar las oportunidades para sus fines o intereses personales. Vemos cómo Judas vende la vida de un amigo por dinero; mientras Jesús entrega su vida por amor, para Salvar.

En mi vida personal he tenido ese tipo de amigos, egoístas, infieles, que les gusta aprovechar las oportunidades para lograr sus propósitos por amor al dinero, humillando y aprovechándose de los demás.

En este mundo que nos ha tocado vivir, particularmente en PR, desde el huracán María, los temblores y el terremoto, podemos ver cómo el egoísmo de muchos y la lucha de poder los hacen vivir como Judas. No piensan en los demás, sino en las ventajas y provechos personales que puedan obtener. Muchos buscando el interés personal, dejando sin agua, techo, comida a tantos hermanos que han necesitado que se les extienda la mano.

Debemos reflexionar ¿Cuántas veces hemos actuado como Judas?, ¿Cuántas veces hemos actuado como Jesús? Jesús nos prepara un banquete en cada Eucaristía y nosotros no acudimos a esa gran fiesta porque actuamos como Judas. En estas experiencias de temblores en nuestra Isla, y yo viviendo en un condominio, me he llenado de miedos, inseguridades, temores, pero confiando en las promesas de nuestro Padre. A través de la Fe y la oración es que he podido superarlos. Entendiendo que tengo que ponerme en manos de Dios, repitiendo todos los días el Salmo 4: 8. “En paz me acostaré y así mismo dormiré, porque sólo Tú Señor me haces vivir confiado”. Tenemos que aprovechar cada oportunidad que Jesús nos da para dejar atrás nuestras debilidades y todo lo que nos impide poder celebrar juntos esta gran fiesta de la Cena de la Pascua.

**Jueves, 9 de abril de 2020, Cena del Señor,
Evangelio Jn 13, 1-15**

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre y habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.

En el transcurso de la cena, cuando ya el diablo había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, la idea de entregarlo, Jesús, consciente de que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas y sabiendo que había salido de Dios y a Dios volvía, se levantó de la mesa, se quitó el manto y tomando una toalla, se la ciñó; luego echó agua en una jofaina y se puso a lavarles los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que se había ceñido.

Cuando llegó a Simón Pedro, éste le dijo: “Señor, ¿me vas a lavar tú a mí los pies?” Jesús le replicó: “Lo que estoy haciendo tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde”. Pedro le dijo: “Tú no me lavarás los pies jamás”. Jesús le contestó: “Si no te lavo, no tendrás parte conmigo”. Entonces le dijo Simón Pedro: “En ese caso, Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza”. Jesús le dijo: “El que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. Y ustedes están limpios, aunque no todos”. Como sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: ‘No todos están limpios’.

Cuando acabó de lavarles los pies, se puso otra vez el manto, volvió a la mesa y les dijo: “¿Comprenden lo que acabo de hacer con ustedes? Ustedes me llaman Maestro y Señor, y dicen bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Maestro y el Señor, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies los unos a los otros. Les he dado ejemplo, para que lo que yo he hecho con ustedes, también ustedes lo hagan”.



Reflexión, Jn 13, 1-15

“Los amó hasta el extremo”. Dios envió a su Hijo dispuesto a todo por mi dolor y mi pobreza... y para cumplir la voluntad del Padre...

Jesús sabe que Judas lo va a traicionar... ¿Y qué hace? Sigue “amando hasta el extremo...” le lava los pies...lo sigue llamando... no desiste de él... quiere lavarle porque “si no te lavo, no tendrás parte conmigo”; y aunque eso se lo dice a Pedro, ¡aplica a todos! Él sigue llamándonos y señalando el camino, primero transitado por Él: servicio, obediencia, humildad... y todo lo hizo también por Judas y, quién sabe, quizás más que nadie por él... lo sigue llamando... le sigue diciendo: “mira mi rostro”, “confía”, “estoy aquí”, “estoy dispuesto a todo por ti”, “te perdono”, “quiero limpiarte”, “quiero sanarte”, “quiero que tengas parte conmigo”; y sigue mostrando el camino, un camino de entrega y amor... más Judas parece quedarse centrado en su propio plan y preso de su propio dolor... y no pudo ver, o aceptar, ese “amor hasta el extremo” que nos salva.

Tenemos a Jesús justo al lado nuestro; nos lava, nos cuida, nos sana, nos llama de múltiples formas, nos habla... nos rodea de gente que nos expresa su amor físicamente en la forma en que humanamente a veces lo necesitamos, pero seguimos sumidos en nuestros planes, en nuestras torturas, en nuestras preocupaciones, en nuestras terquedades, en nuestro yo... Y Él nos sigue diciendo incansablemente: “confía”... la misma confianza que Él tuvo en su Padre...

Quizás esa fue la diferencia entre Judas y Pedro, entre Judas y Pablo... Pedro y Pablo entendieron que el amor de Dios es más grande y misericordioso que sus imperfecciones y equivocaciones... pudieron aceptar la gracia de un amor sin medidas, la gracia de dejarse ayudar en su vulnerabilidad humana... dieron humildemente el permiso, en libertad, para que Dios pudiese obrar en ellos... y ya no tuvieron miedo a la persecución (al temblor, a la enfermedad, a los huracanes, a nada...) porque hay una fuerza que vive en cada uno: Dios en nosotros, que todo lo puede... Confía.

Viernes, 10 de abril, Viernes Santo, Evangelio Jn 18, 1-19, 42

En aquel tiempo, Jesús fue con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el traidor, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos.

Entonces Judas tomó un batallón de soldados y guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos y entró en el huerto con linternas, antorchas y armas.

Jesús, sabiendo todo lo que iba a suceder, se adelantó y les dijo: “¿A quién buscan ... Ellos dijeron: “A Jesús, el nazareno”. Jesús contestó: “Les he dicho que soy yo. Si me buscan a mí, dejen que éstos se vayan”... El batallón, su comandante y los criados de los judíos apresaron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero ante Anás...

Simón Pedro y otro discípulo iban siguiendo a Jesús. La portera dijo entonces a Pedro: “¿No eres tú también uno de los discípulos de ese hombre?” Él dijo: “No lo soy...”

El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. Jesús le contestó: “Yo he hablado abiertamente al mundo y he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. Ellos saben lo que he dicho”...

Simón Pedro estaba de pie, calentándose, y le dijeron: “¿No eres tú también uno de sus discípulos?” Él lo negó diciendo: “No lo soy”. Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le había cortado la oreja, le dijo: “¿Qué no te vi yo con él en el huerto?” Pedro volvió a negarlo y enseguida cantó un gallo.

Salió entonces Pilato a donde estaban ellos y les dijo: “¿De qué acusan a este hombre?” Le contestaron: “Si éste no fuera un malhechor, no te lo hubiéramos traído”. Pilato les dijo: “Pues llévenselo y júzguenlo según su ley”. Los judíos le respondieron: “No estamos autorizados para dar muerte a nadie”...

Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: “¿Eres tú el rey de los judíos?” Jesús le contestó: “¿Eso lo preguntas por tu cuenta o te lo han dicho otros?” Pilato le respondió: “¿Acaso soy yo judío? Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué es lo que has hecho?” Jesús le contestó: “Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuera de este mundo, mis servidores habrían luchado para que no cayera yo en manos de los judíos. Pero mi Reino no es de aquí.

Dicho esto, salió otra vez a donde estaban los judíos y les dijo: “No encuentro en él ninguna culpa. Entre ustedes es costumbre que por Pascua ponga en libertad a un preso. ¿Quieren que les suelte al rey de los judíos?” Pero todos ellos gritaron: “¡No, a ése no! ¡A Barrabás!” ...

Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar... Los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza. Pilato salió otra vez afuera y les dijo: “Aquí lo traigo para que sepan que no encuentro en él ninguna culpa”. Salió, pues, Jesús, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo: “Aquí está el hombre”. Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y sus servidores, gritaron: “¡Crucifícalo, crucifícalo!”... Entonces se lo entregó para que lo crucificaran...

Tomaron a Jesús, y él, cargando con la cruz se dirigió hacia el sitio llamado “la Calavera”... donde lo crucificaron, y con él a otros dos, uno de cada lado, y en medio Jesús. Pilato mandó escribir un letrero y ponerlo encima de la cruz; en él estaba escrito: ‘Jesús el nazareno, el rey de los judíos... Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María Magdalena. Al ver a su madre y junto a ella al discípulo que tanto quería, Jesús dijo a su madre: “Mujer, ahí está tu hijo”. Luego dijo al discípulo: “Ahí está tu madre”. Y desde aquella hora el discípulo se la llevó a vivir con él... Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, pidió a Pilato que lo dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó... Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos.... Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto, un sepulcro nuevo, donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la preparación de la Pascua y el sepulcro estaba cerca, allí pusieron a Jesús.



Reflexión Jn 18, 1-19, 42



Desnudez, fragilidad, pequeñez, impotencia ... Son las palabras que me vienen a la mente para describir el estado emocional, el corazón apretado, que produjeron los eventos de los dos últimos años. El huracán María nos desnudó, mostrando nuestras vulnerabilidades como personas y como sociedad. ¡Qué pequeñez se experimentaba cuando la tormenta rugía por horas, meneando el edificio de lado a lado, con su inmensa fuerza! Qué impotencia al ver la destrucción dejada, al sentirnos sin agua, al sudar rancieramente en la oscuridad de la noche. Y María siguió pasando sobre todos los sin techo, los sin casa, sobre los toldos azules eternos, sobre nuestras zonas pobres olvidadas, sobre nuestra sociedad postrada ante designios de afuera ... y llegaron los temblores del sur, para reavivar esas emociones y ponernos cara a cara con la tragedia, con el sufrimiento propio y ajeno, con el miedo y la incertidumbre.

Pero María y los temblores también abrieron puerta a la esperanza; a ver el Plan de Dios en acción, con gestos de hermandad solidaria, de ayuda desinteresada, de compromiso y de entrega ... en ese camino de salvación comunitaria, de abrazar al hermano, de incluir a todos; y también nos abrió los ojos a la vigilancia, a interpretar que todo lo que pasa es una oportunidad para crecer, para aprender, para que como sociedad le demos importancia a lo importante...

Cristo en su pasión nos dejó muchísimas lecciones. Una de ellas fue... la confianza en el Plan de Dios. A pesar de las dudas y el dolor, aceptó su sufrimiento, brutal, injusto, inimaginable, y confió en su Padre, en sus designios, en su plan ... y ¡Resucitó! Quizás estas circunstancias de sufrimiento, de dudas, de fragilidad, de pequeñez ante los ciclos de la naturaleza que nos abaten con huracanes y temblores, son una invitación a abandonarnos a esa confianza en Dios, a seguir trabajando en su plan, con energías renovadas, con la certeza de que este trabajo vigilante va a hacer que como sociedad nos pongamos de pie, renovados, plenos, resucitados.

**Domingo, 12 de abril, Pascua de Resurrección, Evangelio Jn 20,
1-9**

El primer día después del sábado, estando todavía oscuro, fue María Magdalena al sepulcro y vio removida la piedra que lo cerraba. Echó a correr, llegó a la casa donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo habrán puesto".

Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos iban corriendo juntos, pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó primero al sepulcro, e inclinándose, miró los lienzos puestos en el suelo, pero no entró.

En eso llegó también Simón Pedro, que lo venía siguiendo, y entró en el sepulcro. Contempló los lienzos puestos en el suelo y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, puesto no con los lienzos en el suelo, sino doblado en sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro, y vio y creyó, porque hasta entonces no habían entendido las Escrituras, según las cuales Jesús debía resucitar de entre los muertos.

Reflexión Jn 20, 1-9

Orando el Evangelio, me llama la atención el verbo correr. Corremos por asombro, por miedo, por prisa. Eso es algo conocido en nuestros tiempos.

Mas correr porque en el corazón aún hay una ventanita de esperanza, aun cuando está oscuro afuera, aun cuando estamos caminando hacia nuestros "sepulcros" de situaciones con la familia, la salud, el trabajo, el futuro, limitaciones, cambios. Cuando aparentemente no existe algo visible, tangible, que nos ayude a ver y creer, corremos a Él porque deseamos confiar. Ahí, en esa corrida, El nos ayuda a entender y dar sentido a lo que vivimos.

Que Jesús Resucitado nos de la gracia de correr, cada uno a su propio ritmo, confiando siempre en Él.

